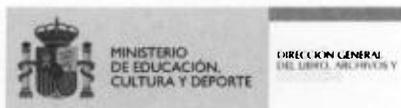


Boletín de la
INSTITUCIÓN LIBRE
de
ENSEÑANZA



Con la colaboración del:



Este número ha sido posible gracias al patrocinio de



Boletín de la
INSTITUCIÓN LIBRE
de
ENSEÑANZA

DIRECTOR
Juan Marichal

CONSEJO DE REDACCIÓN

Gonzalo Anes • Elías Díaz • José García-Velasco
Salvador Giner • Antonio Gómez Mendoza • Diego Gracia
Francisco Javier Laporta • Emilio Lledó • José-Carlos Mainer
José Antonio Martínez Soler • Gonzalo Menéndez-Pidal
Roberto Mesa • Francisco Michavila • Javier Muguerza
Elvira Ontañón • Teresa Rodríguez de Lecea • Francisco Ros
Nicolás Sánchez Albornoz • José Manuel Sánchez Ron
Vicente Alberto Serrano • Virgilio Zapatero

SECRETARIO DE REDACCIÓN
Carlos Wert

El *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* es el órgano difusor de la Fundación Francisco Giner de los Ríos y no asume, necesariamente, los criterios expuestos en los artículos firmados por sus respectivos autores; de esta forma sigue la pauta del *Boletín* que lo precedió y del espíritu que desde su fundación siempre defendió la Institución Libre de Enseñanza (art. 15 de los Estatutos).

Información:

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS
INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA
Paseo del General Martínez Campos, 14
28010 Madrid
Teléfono: 91 446 01 97. Fax: 91 446 80 68
<bile@fundacionginer.org> <www.fundacionginer.org>

Edita:

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS
[INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA]

Diseño y maquetación:
Vicente A. Serrano

Coordinación editorial:
Federico Romero
María García Alonso

Vineta de portada:
Montse Lago



Asociación de
Revistas Culturales
de España

Artes Gráficas Luis Pérez, S. A. - Algorta, 33 - 28019 MADRID
Depósito legal: M. 14.917-1987
ISSN: 0214-1302

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

SUMARIO

<i>Trabajando sobre cartas (desde el proyecto Epístola)</i> por José-Carlos Mainer	9
<i>Una red de cartas</i> por Carlos Wert	15
<i>El epistolario de Francisco Giner y Manuel B. Cossío</i> <i>en el contexto de la pedagogía europea</i> por Eugenio Otero Urtaza	23
<i>Cartas de memoria: Acerca de algunos epistolarios tardíos</i> por Juan Manuel Díaz de Guereñu	31
<i>Sobre Cartas de la Pièce, de María Zambrano</i> por Agustín Andreu	49

Dedica este número del *Boletín* buena parte de su contenido a las cartas, al valor del estudio de la correspondencia como instrumento para conocer la historia, y en especial la historia intelectual y literaria. De esas cartas que Luis Cernuda consideraba —en su caso al menos— «literatura... al fin», y que forman la materia prima con la que trabaja el proyecto más ambicioso que en el terreno científico aborda la Fundación Francisco Giner de los Ríos desde 2000. Bajo la dirección de José-Carlos Mainer, la nómina de los investigadores que participan en el proyecto *Epístola* incluye estudiosos de la cultura española de la Edad de Plata junto a expertos en las tecnologías digitales aplicadas al patrimonio documental y al tratamiento de la lengua. Algunos de ellos colaboran en este volumen.

El proyecto *Epístola* ha dado lugar a una metodología de trabajo para el tratamiento, la anotación y la edición de epistolarios, y a una herramienta informática (un editor, en fase experimental), para asistir al investigador en la aplicación de esta metodología y preparar la edición digital de los materiales que en su momento se considere adecuada. A lo largo de 2003, el proyecto ha alumbrado sus primeras ediciones en papel, entre las que destacan los espléndidos volúmenes de la colección *Epístola* de la Residencia de Estudiantes dedicados a la correspondencia de Benjamín Jarnés y al epistolario de Luis Cernuda, que se reseñan en la sección correspondiente.

Una segunda fase del proyecto, prevista para el periodo 2004-2007 y que se inicia con el tratamiento de la colección de cartas de León Sánchez Cuesta y el epistolario de Juan Ramón Jiménez, se ha presentado a la reciente convocatoria de Proyectos de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Los investigadores que participan en esta segunda fase, siempre bajo la dirección de José-Carlos Mainer, son: Alfonso Alegre, Rafael Asín, José Luis Bernal, Enric Bou, Consuelo Carredano, Antonio Carreira, Francisco Chica, Nigel Dennis, Juan Manuel Díaz de Guereñu, Francisco Javier Díez de Revenga, José García-Velasco, Nuria Martínez de Castilla, Christopher Maurer, José Antonio Millán, Gabriele Morelli, Julio Neira, Victoria Pradilla, Domingo Ródenas, Andrés Soria Olmedo, James Valender, Javier Villalón y Carlos Wert.

RAMÓN
GÓMEZ DE LA SERNA.
 (PORTUGAL)
"EL VENTANAL."
ESTORIL

Mi querido y gran Jarnés: muchísimo me alegro de ver que desde la mudanza de la residencia del rectorato. El curso de hoy ha estado bueno por que también me ha traído una larga carta de nuestra administración. Don José Oliva y Gasit que quiere otra narración para un revista y se la voy a hacer inmediatamente.

Lo estoy en víspera
 Euzen Feiza que vend
 por que lo acusa la ley
 que me voy a
 poblar de muchachos.
 Venturoso Napoli que se
 solo en Septiembre del

Carta de Juan Ramón Jiménez a Benjamín Jarnés. 1936. (Archivo de la Residencia de Estudiantes.) >

< Carta de Ramón Gómez de la Serna a Benjamín Jarnés. 1925. (Archivo de la Residencia de Estudiantes.)

Sea v. d. c. casi.
 Comis. de Amigos de los
 v. d. c. como cosa en los 12.
 v. d. c. en la parte de trabajo
 como en los otros. Me he dado
 de estos y pongo en v. d. c.
 los.
 como en el punto uno
 con justicia.
 Benjamín Jarnés
 Jiménez

V. d. c. 36.

Trabajando sobre cartas (desde el proyecto Epístola)

José-Carlos Mainer

Dejó escrito Unamuno («A lo que salga», 1904; en *Obras completas*, III, Madrid, 1958, págs. 789-805), aunque lo dijera por boca de un supuesto amigo, que «el español es por lo general un ser *apsíquico*, no tiene interior; nuestro gran psicólogo es Velázquez, pues cabe dudar que ninguno de sus personajes tuviese más que lo fijado por el gran pintor en sus cuadros». Pensaba él, de todos modos, que quizá los místicos del siglo XVI desmentirían el aserto, pero, sobre todo y sin duda, pensaba en sí mismo, en un trance en el que había decidido pasar de *escritor ovíparo* y reflexivo a *escritor vivíparo* y derramado: alguien que escribiera «a lo que salga», no con la puntualidad cicatera y esclavizadora del diario (que aborrecía), sino con la fluencia natural y efusiva del ¿monólogo? No, mejor, del diálogo o, como llegó a decir, del «monodialogo»...

En otro artículo, «Soledad», de 1905, confesaba a un imaginario interlocutor epistolar que «no soy hombre de monólogos; no sé hablar, y por tanto no sé pensar, pues ya te digo que mi pensamiento es verbal, si no veo unos ojos que me miran y no siento tras ellos un espíritu que me atiende» (ibidem, págs. 881-889). ¿Cabe mejor definición de la carta? Y es que toda carta implica a su destinatario, lo hace presente en su misma escritura, responde a su supuesta solicitud, se anticipa a sus sorpresas o a sus objeciones, incluye la afectividad al lado de la persuasión. Y el texto se estructura, como el del ensayo, que es hijo legítimo de la carta (Unamuno lo sabía muy bien), al hilo de una retórica de lo espontáneo, jugando con su desorden, pasando infatigablemente del detalle arbitrario a la reflexión general, del histrionismo a la sinceridad. ¿Qué fue casi toda la obra de Unamuno sino una larga carta en busca de un lector posible, capaz de responderle un día? Laureano Robles, el hombre que ha visto más cartas de Unamuno, ha subrayado, en una misiva dirigida por don Miguel a su amigo Juan Arzadun en 1909, una confesión inapreciable:

O no escribir cartas o escribirlas de veras: esa es mi divisa. Mis correspondientes aumentan. Sólo de América recibo cartas de ocho o diez pliegos de sujetos desconocidos que pretenden que les conteste sobre todo lo divino y lo humano. Y si después de muerto yo —porque me voy convenciendo al fin de que he de morirme al cabo— se publicase mi

correspondencia sería cosa de meter miedo [«Presentación», en *Epistolario inédito. I (1894-1914)*. Ed. de Laureano Robles. Madrid, 1991, pág. 23].

Y algún tiempo antes había dicho a Pedro de Múgica que «a mí me dicen algunos que lo mejor que he de dejar cuando me muera será mi correspondencia. Me lo dijo hace ya tiempo doña Emilia Pardo Bazán, y ayer el doctor Bunge, argentino» (ibidem, pág. 22). Y no se equivocaba del todo. Pero es que, si bien se piensa, una buena parte de lo mejor de la literatura española contemporánea se apoya en el ejercicio de fe que toda carta supone y en la estructura caprichosa de un pensamiento que se deja llevar, al hilo de las líneas de una epístola, por su anhelo de comunicarse.

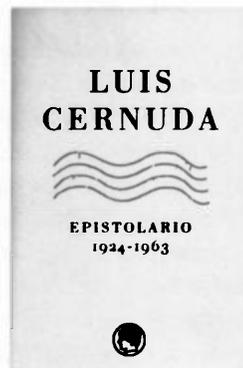
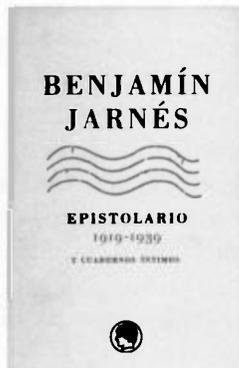
* * *

A falta de algunos libros que pensamos necesarios en el equipaje de la literatura española (pero que nunca se escribieron), tenemos cartas... Nuestro siglo XVIII, si bien se mira, anda lleno de epístolas ficticias: las *Eruditas y curiosas*, de Feijoo, y las *Marruecas*, de Cadalso, al lado de un montón de epígonos, por no citar las innumerables epístolas en verso (nunca acertaron más Iriarte o Jovellanos que en este género de poesía lírica que venía acreditado desde su admirado siglo XVI, por Boscán y Garcilaso nada menos). Estamos tentados de decir que la comunicación epistolar es la *forma interior* de la mejor escritura de la centuria. Porque cartas fueron las *Letters from Spain*, de José María Blanco White, el más conmovedor y punzante testimonio de los amenes del siglo. Y en la obra de Jovellanos y, sobre todo, en la de Leandro Fernández de Moratín, las cartas están entre lo mejor de cuanto escribieron, especialmente por lo que hace al caso del último. Aunque desaparecieran un día *La comedia nueva*, *El sí de las niñas* y la «Elegía a las musas» —todas tres son el mayor honor de la literatura de su época—, aquel fascinante epistolario que Moratín guardó y que editó su albacea Manuel Silveira en las *Obras póstumas* velará eternamente por la gloria del autor. Lo dijo Galdós, que algo sabía del asunto: no hubo prosa mejor en su tiempo. Hoy sabemos, de añadidura, algo más que ha apuntado su reciente editor, René Andioc: que Moratín escribió en la vejez algunas de sus presuntas cartas juveniles; y es que, sin duda, se veía a sí mismo como un testigo y seguramente sabía además que sólo la carta —el yo que se apoya en la complicidad de alguien que le escucha— podía reflejar un tiempo de miserias y esperanzas, de turbación y claridad, de razón y rabia.

No hace falta ir muy lejos para hallar otro periodo que necesitó también testimoniarse en forma de cartas. Con la magna excepción de la obra crítica de Leopoldo Alas (y la más modesta de Pardo Bazán), lo mejor del pensamiento español acerca de la novela realista se lo dijeron en su correspondencia Galdós y Pereda, Clarín y Galdós, Narcís Oller, Pereda y Galdós, Pardo Bazán y casi todos, Menéndez Pelayo y todos... Las *Cartas a Galdós*, que editó Soledad Ortega en 1964 (aprovechando la colección que fue de Ramón Pérez de Ayala desde 1920, fecha de la muerte de don Benito), es un

libro que debería leer obligatoriamente cualquiera que quiera saber algo de la vida intelectual de la Restauración. Y quien quiera entender cómo pudo ser el largo tránsito del romanticismo al postromanticismo, y cómo se vivió el eclipse de las creencias tradicionales (incluida la religiosa), y cómo se pudo gustar casi bulímicamente de todo (libros viejos, mujeres, banquetes, fiestas, cotilleos...) y, a la vez, mantener la sorna nihilista de un *dandy* culto y castizo, tiene que leer el epistolario de Juan Valera, cuya edición completa nos viene ofreciendo un benemérito equipo dirigido por Leonardo Romero Tobar (ya hay dos densos volúmenes, ejemplarmente editados por Castalia). También aquí —sin mengua de *Pepita Jiménez* o de *Morsamor*—, bastaría que Valera hubiera escrito esas cartas para dejar huella perdurable en las letras españolas.

Y no fue el único... Los krausistas fueron grandes epistológrafos, como lo son todos los moralistas, desde Cicerón y Séneca al menos (hay dos especies principales de aficionadas a las cartas: los que viven el conocimiento como una aventura permanente y nunca agotan su capacidad de extrañeza —Plinio el Mozo es su patrón— y los que entienden el mundo como un problema esencialmente ético). Las cartas, ya publicadas, que intercambiaron Francisco Giner de los Ríos y Joaquín Costa, como la correspondencia que Rafael Altamira mantuvo con Costa (ambos intercambios editados por el desaparecido George Cheyne), nos muestran un ejemplar mundo de rigor que no excluye el cariño y de admiración que no llega nunca a la obsequiosidad. Y algo de aquellos cultos debió preservar Rafael Altamira, que en los años más que maduros de su larga vida, entre 1927 y 1941, escribió unas imaginarias *Cartas de hombres*, que publicó en México en 1944. Se le había ocurrido esa ficción, nos dice su prólogo, en 1894, pero guardó el proyecto y, cuando dio por concluida su obra de creación, lo escribió repartido en tres legajos: cartas de amores, cartas sobre problemas de la edad adulta y cartas sobre asuntos y experiencias de la ancianidad. Nos interesan, especialmente, tres que conciernen a la creación literaria y lo autobiográfico que hallamos en la segunda parte: «La novela escondida», donde un imaginario novelista contesta a un crítico que quiso ver rasgos de autobiografía en su última narración; «El anhelo esencial»,



dirigida a un psicólogo, donde alguien confiesa que quiso ser novelista pero lo dejó porque prefería aunar la autoridad moral y la libertad íntima, y «Poesía y realidad», donde un autor de relatos escribe al crítico que va a componer un libro sobre él; escribimos —le confiesa— como Goethe escribió su *Werther*, para librarnos de las pesadillas íntimas. Y es que escribir cartas es otra forma de crear. O de *crearse*, como hubiera dicho Unamuno y como puso en práctica otro semiolvidado de las letras españolas, el infatigable traductor de Anatole France y rencoroso inextinguible Luis Ruiz Contreras. Aquel sobreviviente de tantos días y tantos fracasos dio con su tardío epistolario *Día tras día* (1950) otra vuelta de tuerca a un complejo propósito autobiográfico y justificatorio que un día habrá que tratar con el interés que merece.

* * *

Podemos, sin embargo, añadir más sumandos. Nada nos hace más presente a Ángel Ganivet que el precioso epistolario que publicó a su muerte su corresponsal Francisco Navarro Ledesma. Y pocos textos hacen tanta justicia a la generosidad espiritual de su autor como el epistolario de Joan Maragall, el mayor poeta ibérico en el cambio de siglo... Pero, por este camino, llegamos al capítulo en el que, hasta la fecha, viene centrando sus trabajos el proyecto *Epístola*, que tengo el honor de dirigir como «investigador principal» (gracias a José García Velasco, secretario de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, y a la confianza de los colegas que lo forman): las cartas de la llamada «generación del 27». El propósito, sin embargo, es bastante más amplio: en lo que toca a la cronología, pues pretende extenderse a todo el tramo de la modernidad española desde 1854-1875 hasta la Guerra Civil y sus consecuencias; y en lo que concierne al perfil de los implicados, pues, al lado de los escritores, se quiere atender a los críticos, los pensadores, los editores y los libreros, los profesionales vinculados de un modo u otro al ejercicio intelectual. Por eso, entre los planes más cercanos se cuentan trabajar sobre el archivo de León Sánchez Cuesta (editor de Juan Ramón y cuñado de Pedro Salinas) y editar epistolarios del primer momento de la Institución Libre de Enseñanza.

Pero, ¿por qué tantos y tan notables investigadores —se habrá preguntado alguien— han coincidido en su interés por las cartas del 27? La respuesta a la pregunta valdría por todo un ensayo acerca de lo que hoy se espera de la nueva historia literaria, pero también dice mucho de nuestra peculiar relación personal con el mundo que evocan estas cartas. El concepto mismo de «generación del 27» se constituyó en su día como un horizonte de la nostalgia del pasado colectivo por parte de los más directamente implicados. Y recíprocamente tiende a reconstruirse, por parte de sus albaceas, a modo de una complicidad, más allá de la historiografía, con quienes significaron el aplomo, la aventura y la gloria temprana en unos años cuyo brillo contrasta con la incertidumbre de las horas presentes del investigador.

Sin embargo, lo cierto es que, en términos de la exigencia de una nueva historia literaria, ese mecanismo compensatorio puede ser una buena motivación para la recluta de doctorandos, pero nunca será un objetivo preferente y exclusivo en la tarea. Es obvio que precisamos pasar de la complicidad emocional —¡sin perderla nunca del todo!— al análisis. Y puede que esa *nueva historia literaria*, que ha comparecido

como una suma de posibilidades más que como un catálogo cerrado de pautas, brinde la oportunidad de que convivan el afecto y la ciencia. El llamado *giro lingüístico* en las ciencias humanas ha vuelto a poner el acento sobre lo concreto, sobre el modo de percibir y vivir la historia más que sobre las estructuras que se supone que configuraban y determinaban los mundos personales. Se ha pasado del descrédito de lo individual en la historia a lo contrario. Y cuando se habla tanto de *mentalidades*, o cuando se otorga importancia decisiva a condicionantes de la percepción tales como la historia de la climatología o el equipamiento de los domicilios privados, ¿cómo no atender a las cartas y, en general, a todo ese copioso material excedente de los escritorios de tantos hombres y mujeres que no podemos reducir a un elenco de sus obras publicadas?

La historia literaria no puede ser una forma dignificada del cotilleo. El estudioso y sus lectores deben saber que las innumerables formas de la nariz de Cleopatra no son su objetivo preferente. Cuando acopia, transcribe y anota un epistolario debe estar atento a cómo en lo individual —ideas, inspiración, retórica, etc.— resuena lo colectivo: ni una conciencia de la realidad se constituye sola ni una obra se escribe desde sí misma; si la primera se forja en paralelo con la experiencia de muchos, la segunda deja ver, como en un palimpsesto, la escritura de otros. El resultado final de la historia es poner orden, aunque sea provisional, donde no lo hay, y no añadir impertinente curiosidad al desorden; nos hemos rebelado contra los lechos de Procusto —sean ejemplo las generaciones o los géneros cerrados, tan justamente atacados como precipitados voluntaristas del ordenancismo—, pero a menudo hay que reconstruirlos, aunque sea de otro modo. Quizá de ese *modo otro* sabremos precisamente que no hay periodos, sino coyunturas (que suscitan cristalizaciones generacionales, a veces), y que no hay tanto géneros cerrados cuanto estadios intergenéricos (con vocación de géneros, a menudo).

Para tales operaciones, el estudio de los epistolarios enseña mucho, porque también mezclan lo público y lo particular, la verdad y la mentira (que a veces se delata a sí misma y es más reveladora). Por no salir del ámbito de estudios cercanos al proyecto Epístola y abordados por algunos de sus partícipes, citaré algún caso en que una car-



ta es más elocuente que cien documentos de otra naturaleza. Nunca entenderemos mejor el desgarrón del destierro que cuando leemos la hermosa carta de Pedro Salinas a Germaine Cahen de Guillén, escrita desde Wellesley en 1937, donde habla del «grupo de amigos, deshecho, Dios sabe para cuando» y la de irremediable sensación de despedida que sintió una tarde en la Magdalena, días antes de partir para lo que aún no sabía que sería el definitivo destierro (*Correspondencia [1923-1951]*. Ed. de Andrés Soria Olmedo. Barcelona, 1992, págs. 177-179). (De la primavera de 1937 y del mismo lugar, es una carta a Kathy Whitmore en la que dice que, a pesar de que odia la palabra inglesa *schedule* «colgando sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles», «me alegro infinito de haber venido [...]. Cuando en esta mañana me levanté y vi por la ventana el jardín, lleno de azaleas, de bogavilla, de naranjos, me pregunté si era posible que fuera verdad [...]» [*Cartas a Katherine Whitmore*. Ed. de Enric Bou. Barcelona, 2002, págs. 294-296]. ¿Inconsecuencia culpable el decir una cosa a la esposa del amigo y otra a la amante? No: humanísima inconsecuencia ante la que nadie puede arrojar la primera piedra...)

Leo ahora otra carta de Pío Muriedas (Pío Fernández Cueto) a Gerardo Diego, del 20 de enero de 1941, escrita en la celda 20 de la galería 2 de la Prisión Provincial de Oviedo (yo conocí de niño a Fernández Cueto, que venía a menudo por Zaragoza, donde tenía buenos amigos y donde una vez recitó un poema dramático, *El Diablo 1960*, que había escrito mi tío, Lázaro José Mainer). La carta es terrible desde su comienzo («Amable Gerardo: Tantas cosas, después de este largo silencio, tendría que contarte, que no sé cómo empezar»), pero la historia es, a fin de cuentas, la que previsiblemente un hombre en el filo de la navaja podría contarle a un colega más afortunado: la conciencia de la derrota, el deseo de volver a España, un interrogatorio absurdo (¿Franco o Negrín?), una promesa política incumplida (Muriedas estuvo sentenciado a muerte; pero no lo dice), un recuerdo casi furtivo de amigos comunes y de Antonio Machado («¡mucho te quería el gran poeta!») y una petición menor —que Diego acepte leer los versos de un compañero de reclusión— que deja traslucir que, entre líneas, se pide algo más (Gerardo Diego, *Epistolario santanderino*. Ed. de Julio Neira. Santander, 2003, págs. 62-63)... ¿Puede tenerse en algún otro lugar una evidencia tan atroz de la «banalidad del mal» que el franquismo vencedor impuso a sus enemigos? ¿O de los hilos personales, arbitrarios, vergonzantes y alguna vez vergonzosos que construyeron tantas veces la posguerra?

Por todo eso, el proyecto *Epístola* sitúa en la red (que es lo más parecido a la noción convencional del Cielo) y quiere imprimir estos testimonios de un pasado que nos concierne como filólogos y como ciudadanos. No es mal epílogo para la Edad de Plata.

José-Carlos Mainer

Una red de cartas

Carlos Wert

El usuario de *Epístola* enciende su ordenador. Consulta con el servidor si hay una versión nueva de la base de datos o del editor (con todas sus herramientas), que periódicamente se actualizan. Si es así, descarga por Internet la nueva versión tras acceder a un servidor seguro con su contraseña. Si no, abre directamente la base de datos de *Epístola*. El procedimiento de selección le permite buscar información en todo el corpus epistolar de la Edad de Plata (la correspondencia localizada y procesada hasta el momento entre los protagonistas de la cultura española de ese periodo, un conjunto que se enriquece continuamente). O sólo en una colección concreta (el archivo de Benjamín Jarnés, el de Emilio Prados, la colección de la Institución Libre de Enseñanza...). O en las cartas que cumplan determinada condición (aquellas cuyo autor o destinatario sea Luis Cernuda, por ejemplo).

Localizado el conjunto de documentos sobre el que desea trabajar, nuestro usuario accede al editor de *Epístola*, que se presenta para él como una versión un poco especial de su procesador habitual de textos, y empieza su consulta. Puede abrir directamente un documento de los seleccionados, que se le ofrecerán ordenados según el criterio que haya escogido (en orden cronológico, en orden alfabético de correspondientes...), o iniciar una búsqueda más precisa. Para ello recurrirá a las herramientas con las que el editor le permite dar un alcance mayor o menor al criterio de búsqueda. Puede introducir, por ejemplo, en la casilla de búsqueda la palabra: 'publicado' y ajustar el buscador para que localice en el conjunto de textos seleccionados cualquier forma del verbo 'publicar' (un diccionario y una morfología incorporados al editor permiten realizar esta operación) o para que sólo busque la forma participio seguida de la preposición 'en', o que incluya en la búsqueda los sinónimos (por ejemplo, 'editar') que nuestra semántica (otra herramienta que le ofrece el editor) le presenta. O, utilizando la capacidad que el editor tiene de conocer la estructura interna de las cartas, puede pedirle que sólo busque esa forma en el cuerpo de los documentos (no en su encabezamiento o en las notas) o que seleccione todos aquellos cuyo autor sea el propio Luis Cernuda.

Cuando abre cualquiera de las cartas que ha encontrado en su búsqueda, el editor le muestra los datos esenciales que la identifican (su autor, la fecha y lugar en que se escribió, su destinatario y adónde se envió, dónde se conserva el original, a qué colección pertenece, una descripción del soporte en el que se encarna y cuál es su estado de conservación). Observa que en el texto de la carta aparecen resaltadas una serie de palabras: los nombres propios, los lugares, las obras a las que alude, las instituciones mencionadas... Unos índices volados tras ciertas palabras le indican que algún investigador ha anotado ya este documento. Cuando, moviendo el ratón, desliza el cursor sobre las palabras resaltadas o las llamadas a las notas, una ventana le muestra en la pantalla más información. Al sobrevolar un nombre de lugar, en la nueva ventana aparece que se trata de una ciudad, una provincia o la denominación de una zona más imprecisa, situada en tal región de tal país... y le permite acceder a otra herramienta incorporada al editor (el tesoro de topónimos, que puede estar incluso enlazado a una cartografía y permitirle consultar un mapa que sitúe con más precisión el lugar mencionado).

Si la palabra resaltada se ha marcado como un nombre de persona, es posible que las herramientas del editor le ofrezcan una biografía y una bibliografía completas de la misma; o tal vez sólo le muestren unos datos básicos, como el lugar y fecha de nacimiento y muerte, su ocupación más notable, algunas relaciones de esa persona con otros elementos del repertorio onomástico de la Edad de Plata (que también ofrece *Epístola* entre sus herramientas): estudió con Fulano, publicó con Mengano... Si el nombre aparece en varias formas y éstas han sido incorporadas al repertorio, el editor le mostrará esas variantes, y si a continuación el usuario quisiera saber en qué otros documentos del conjunto sobre el que está trabajando aparece mencionada esa persona, el buscador le presentará no sólo las apariciones del término exacto que él ha encontrado, sino las de todas sus variantes. A veces el editor sabe que cierta palabra es un nombre propio ('Concha'), pero es incapaz de decidir a cuál de las personas que tiene recogidas en su repertorio y cuya denominación incluye este término se refiere el texto. Nuestro usuario consulta una lista de posibilidades (¿se trata de Concha de Albornoz, de Concha Méndez, de Concepción Arenal, de Concha García Lorca o de Conchita Supervía?). Tal vez sepa por el contexto a quién se refiere esta mención, o dude aún entre las dos primeras y prefiera dejar la identificación para un examen más cuidadoso. Si se trata de una obra, el título de una revista o el nombre de una institución, el editor le proporcionará los datos más importantes (lugares y fechas, títulos completos...) y le permitirá *navegar* por el corpus de *Epístola* (igual que por el resto de los repertorios que ha ido consultando) hacia otros documentos que aludan a la misma entidad (persona, lugar, obra). Si se trata de una nota, aparecerá identificado al pie el investigador que la produjo.



José Bergamín, Rafael Alberti y Pedro Salinas en la plaza de Cibeles de Madrid. Años veinte. (Fotografía: Juan Guerrero Ruiz. Archivo de la Residencia de Estudiantes.)

Nuestro usuario ha localizado el conjunto de documentos que le interesa, guarda el resultado de su búsqueda (que podrá utilizar de nuevo en cualquier momento sin necesidad de repetir todas las operaciones anteriores) y empieza a elaborar la información localizada. Va abriendo los documentos que ha encontrado y transfiere los que le parecen más prometedores a su área personal de trabajo. Allí selecciona los fragmentos que le interesan, busca concordancias, navega a otros documentos relacionados, estudia los contextos en que aparecen determinados términos, examina las obras que se citan en ellos, rastrea las influencias de maestros y colegas... En todo momento, los documentos arrastran consigo (gracias a las herramientas de *Epístola*) una buena cantidad de datos adicionales que diferentes investigadores han ido incorporando. Con todo, aún queda mucho conocimiento que aportar. Dependiendo de los privile-

gios que tenga, nuestro usuario podrá incorporar a los documentos (en forma de correcciones o de notas) o a las herramientas del sistema, o a las relaciones entre ambos, cualquier información, cualquier conocimiento. Ha constatado que *Epístola* desconoce hasta la fecha quién es esa Concha que aparecía citada en la carta que abrió hace un instante. Pues bien, vista la documentación, puede establecer con bastante certeza que se aludía a Concha de Albornoz, quien en la fecha de la carta estaba en el lugar citado en ese mismo documento. Ha comprobado que un tal Soriano, citado en otra carta de las que ha estudiado y que sabe bien que no puede ser sino Juan Soriano, no está recogido en el repertorio de nombres de persona, así que, con la correspondiente función del editor, propone su incorporación, proporcionando de paso una serie de datos que él conoce: que se trata del pintor mexicano de ese nombre y que nació en 1920. A lo mejor incluso detecta un error en la identificación de cierto nombre con tal o cual persona, o en un dato biográfico que aparece en una nota elaborada por un colega suyo hace una década y que investigaciones recientes han hecho desestimar. O, lo que es más importante, que en la colección de *Epístola* no aparece una carta significativa para el problema que ha estado estudiando y cuya copia propone incorporar (una vez tratada) a la colección.

Así que, cuando nuestro usuario termina su sesión, se ha beneficiado de las labores previas de preparación de la información sobre la que quería trabajar, y de la incorporación del conocimiento que otros antes que él han acumulado, para elaborar en pocos minutos un documento que le resultará útil para sus propios fines (ha reunido las citas que necesitará en su intervención en un seminario al que asistirá próximamente o para el artículo que está escribiendo). Al mismo tiempo, ha enriquecido el conocimiento que *Epístola* permite compartir al resto de los investigadores y usuarios con una serie de aportaciones que envía al servidor usando la función de exportación de nueva información que el editor de *Epístola* le ofrece.

Lo que acabo de describir no es ciencia ficción. En buena medida, las labores necesarias para que todo esto se convierta en realidad son parte del trabajo en curso en *Epístola*, en algunos casos muy avanzado. Crear semejante entorno de trabajo para quienes se interesan en los epistolarios de la Edad de Plata como material para el conocimiento de la historia cultural y literaria es el propósito del componente digital del proyecto *Epístola*. El proyecto tendría pleno sentido con sólo sus propósitos «analógicos»: constituir el corpus epistolar de la Edad de Plata localizando los fragmentos dispersos de esa colección, hacerlo accesible a los especialistas para que lo estudien y anoten, y ponerlo a disposición del resto de los estudiosos y del público mediante la edición de



Rafael Alberti, Fernando Villalón y Manuel Altolaguirre en la plaza de Cibeles, de Madrid. 1928. (Archivo de la Residencia de Estudiantes.)

sus conjuntos más notables. Ahí están, al final del proceso en su primera fase, los magníficos volúmenes con la correspondencia de Jarnés y de Cernuda, mencionados repetidamente en este número del *BILE*, a los que están a punto de unirse, dentro de la colección Epístola de la Residencia de Estudiantes, las cartas de Juan Larrea a David Bary, en edición de José Manuel Díaz de Guereñu, y el epistolario Salinas-Bergamín, en edición de Nigel Dennis.

Pero Epístola es también una experiencia de aplicación de las posibilidades que ofrece la tecnología digital al trabajo de los investigadores en humanidades y una muestra de lo que, gracias a la colaboración de estos investigadores entre sí y con expertos en tecnologías digitales (programas de búsqueda, «lingüística computacional», tecnologías

documentales, «inteligencia artificial», «web semántica»...), se puede esperar de estas tecnologías. Es un paso en el camino hacia el humanista de la era digital. Así, en el proyecto se entrecruzan, con las tareas que siempre han desempeñado los estudiosos de la historia cultural, intelectual y literaria, nuevas tareas que, además de asegurar que al final tengamos lo que en cualquier caso, con los procedimientos de siempre, habríamos tenido (sólidas ediciones de documentos anotados y estudios de toda índole), garanticen que tengamos algo más, y que algo hayamos ganado en el camino.

Para que esto sea posible, ¿qué hace falta? Lo primero, convertir los documentos en un corpus virtual. Localizados los fragmentos de las colecciones epistolares, se digitalizan sus inventarios (como texto) y todos los documentos recogidos en ellos (como imagen), y se incluye en el inventario digital un enlace con cada una de las réplicas digitales de los documentos. Así habremos constituido un corpus virtual con cada una de las colecciones y con el conjunto de todas ellas que nos permitirá buscar documentos por cualquier información contenida en el inventario (corresponsales, fechas o colecciones).

Aún más importante es convertir los documentos en *texto digital*. Si ahora los documentos se transcriben, cada carta constituirá un archivo digital, almacenado junto a todos los demás integrantes del corpus en una misma base de datos. Ya esto nos permite buscar ciertas informaciones sencillas en *todos* los textos. Pero las posibilidades se multiplican *marcando* los documentos. Nuestras búsquedas pueden hacerse mucho más precisas incorporando a la información «en bruto» (el texto literal de la carta en formato digital) una serie de signos que identifiquen en cada documento su encabezamiento y los elementos de su descripción catalográfica (haremos esta información explícita cuando no lo esté en la carta). Las marcas que introducimos en los documentos pueden aludir también a su estructura (encabezamiento, cuerpo, despedida). O categorizar aquellas palabras contenidas en el texto que se considere que deben singularizarse. Podremos, por último, intercalar en el texto (acompañadas de sus respectivas marcas) aquellas notas que hayamos convenido incorporarle y que pueden referirse al contexto del documento en el corpus («esta carta es respuesta a tal otra») o actuar como referencias lingüísticas o estilísticas; o notas enciclopédicas, sean éstas de carácter general (Juan Soriano: «pintor mexicano nacido en 1920») o aclaren el uso de un término en un contexto («Pepe es aquí José María Souviron»). Las marcas que singularizan fragmentos del texto (de la carta o de las notas) constituyen un léxico y una sintaxis (un lenguaje formal) que los investigadores pueden acordar, dentro de ciertos límites, a su voluntad. Gracias al carácter abierto de la herramienta que se usa en esta tarea (el famoso XML), las nuevas necesidades puestas de manifiesto por los investigadores pueden conllevar la incorporación de nuevas marcas.



Tarjeta postal de Luis Cernuda a León Sánchez Cuesta. (Archivo de la Residencia de Estudiantes.) >

Ya tenemos nuestras cartas digitalizadas, transcritas, marcadas, anotadas y dispuestas para que el investigador las consulte. Otra vuelta de tuerca para darle más potencia a nuestra capacidad de encontrar información y convertirla en conocimiento es proporcionar al investigador una *caja de herramientas* que añade a la base de datos, de manera automática o semiautomática, cierto grado de inteligencia lingüística (un diccionario, una morfología, una semántica), el conocimiento enciclopédico que se vaya almacenando (en el que podemos incluir repertorios, diccionarios biográficos... ya elaborados junto a las aportaciones más especializadas de los investigadores del proyecto) e incluso cierta capacidad de inferencia lógica. Esta caja de herramientas de *Epístola* es su *editor*, cuyas futuras capacidades (algunas ya presentes en la versión piloto actual) se describían más arriba.

¿Y al final del proceso? ¿Se trata de publicar estos documentos en la red, en Internet? ¿De editar la base de datos y las herramientas de *Epístola* en línea, en CD, en DVD? ¿De editar por estos medios tales o cuales epistolarios? Lo cierto es que, aunque la edición electrónica ha dado pasos de gigante en ciertos sectores (los catálogos y las revistas científicas, por ejemplo; en menor medida las ediciones de referencia), sigue envuelta en dudas, y tampoco se puede decir que haya puesto patas arriba un mundo editorial que parece seguir sólidamente asentado en el papel. Las preguntas ¿qué hay que editar electrónicamente?, ¿qué valor añadido debe llevar incorporado una edición digi-

tal?, ¿a quién debe dirigirse?, ¿cómo debe venderse?... no tienen aún más que respuestas parciales. Pero podemos estar tranquilos. El trabajo que se está realizando en *Epístola* va a permitir hacer frente, sean cuales sean las respuestas a estos interrogantes, a los retos de la edición digital.

Red, malla, tela de araña... Las metáforas más usuales de la sociedad digital se aplican bien al proyecto *Epístola*. Y es que la materia misma del proyecto —el conjunto de los epistolarios de la Edad de Plata— forma también, globalmente y por colecciones, una malla: de relaciones cruzadas entre las generaciones intelectuales y artísticas que se suceden de 1868 a 1936; entre los miembros de cada una de ellas, con sus maestros y con los que vinieron tras ellos; de conexiones entre poetas, músicos, pintores, ensayistas... Ejemplo eminente es la correspondencia de León Sánchez Cuesta, con la que se va a iniciar (junto con el epistolario de Juan Ramón Jiménez) la segunda fase del proyecto. Más de 7.000 cartas en una colección que conserva unida la red completa —ida y vuelta— de las relaciones del «librero del 27» con 1.500 correspondientes y que testimonia la historia de las preocupaciones intelectuales, las lecturas, las empresas culturales y las amistades o enemistades de toda una generación. Esa tela de araña ha quedado grabada en una red de documentos, fragmentos de un conjunto que tal vez sólo cobrará su valor íntegro al reunirse de nuevo en un todo con la ayuda de las tecnologías digitales. Y hoy da sentido (y quizá esto es lo más importante) a la labor de una red de investigadores que comparten una preocupación, que están elaborando conjuntamente una metodología y que empiezan a poder compartir su conocimiento de una manera hasta ahora difícilmente imaginable. En el horizonte está también la publicación en *la red* por antonomasia, en la tela de araña mundial, en la *web*, de los materiales de *Epístola*. Dar sustento al despliegue de todas las posibilidades que esas redes múltiples proporcionan: en eso consiste también el proyecto *Epístola*.

Carlos Wert

El epistolario de Francisco Giner y Manuel B. Cossío en el contexto de la pedagogía europea

Eugenio Otero Urtaza

Una de las mejores maneras de determinar el valor de la pedagogía institucionista en lo que se refiere al aprecio que inspiraban sus reformas e innovaciones escolares, como las excursiones, los trabajos manuales, la enseñanza de la geografía, la historia o las ciencias naturales, los juegos y la vida al aire libre o la formación moral y estética, es acercándonos a la correspondencia que tanto Giner como Cossío mantuvieron a lo largo de muchos años con los principales protagonistas de las reformas educativas de Europa y, en menor medida, de América. En efecto, examinando cómo era estimada por los grandes educadores europeos es como podemos valorar su significado con más rigor, porque la ILE estaba inmersa en un vasto movimiento intelectual que defendía la escuela como un espacio que capacitaba para pensar en libertad y formar el espíritu de la ciudadanía. La investigación de estas relaciones epistolares está todavía en ciernes, aunque se han publicado ya algunos trabajos que no sólo nos descubren que las ideas de Giner y Cossío eran apreciadas fuera de nuestras fronteras, sino que además la ILE constituía un núcleo de referencia para todo el movimiento reformador, de base más fröbeliana que krausista, empeñado en transformar la concepción de la actividad escolar incluso cuando aún nadie hablaba de «escuelas nuevas».

Cuando Henriette Breymann, «Md.» Schrader, le dice a Cossío en 1882 que no había otra escuela en Europa que interpretara tan bien el pensamiento de Fröbel y que Alemania tenía mucho que aprender de España, porque en Madrid se llevaban a cabo actividades con los párvulos que ni siquiera se soñaban todavía allí, está haciendo referencia a lo que posiblemente Cossío le había contado sobre las excursiones, experiencia que había presentado dos años antes en Bruselas. «El niño que no sabe aún leer ni escribir —decía entonces— es sobre todo el que debe hacer excursiones escolares, porque ellas le proporcionan el material apropiado a los primeros medios de relación que él posee: los sentidos corporales».¹ Una de las consecuencias más inmediatas de la apli-

¹ Cossío, M. B.: «Comment doivent éter pratiquéés les excursions scolaires?», en *Ligue Belge de l'Enseignement: Congrès International de l'enseignement*. Librairie de L'Office de Publicité, Bruselas, 1882, pág. 255.

DEBILIDAD. 1
MADRID Señor
D. J. R. Jiménez

Amigo mío:
Después de preguntarte
inútilmente la dirección
de V., me resolví a
enviar estas dos letras a
la ventura, ante el temor
de que me tenga V. por
desagradecido a su bondad
al acordarse de nosotros en

la distribución de sus cartas,
que había leído en la letina
y se lo envío con emoción,
complicada con la tristura
de no verlo aquí, ni aun
tener noticias de su estado
de ánimo.

Gracias, de nuevo, amigo
mío - Llegará esta a tus
manos? ... Me alegraría
de saberlo - Suyo
F. G. J. M.
25-XI-8. Un cariñoso record
de esta parte.

Carta de Francisco Giner a Juan Ramón Jiménez. 1908. (Archivo de la ILE.)

cación de este principio fueron precisamente las visitas que hizo esos primeros años con los párvulos al Museo del Prado, creando un procedimiento que no tenía antecedentes y que, con ideas sencillas al mismo tiempo que vigorosas, es capaz, según sus propias palabras, de *meter al párvulo en filosofías*.²

La enseñanza del arte fue uno de los aspectos de la práctica educativa de la ILE que más impresionaron a Alexis Sluys, un asunto del que consideraba que Bélgica tenía mucho que aprender, conforme escribía a su amigo Cossío.³ También se puede comprobar, leyendo estas cartas, cómo a veces, aunque se compartan los ideales, el acervo propio y la formación intelectual pueden llevar a que dos grandes educadores alcancen conclusiones distintas. Las relaciones entre Giner y Pierre de Coubertin son un buen ejemplo de lo que decimos: nunca llegaron a confluír en objetivos comunes, porque sus propósitos se concretaban en prácticas que configuraban la idiosincrasia del quehacer pedagógico de cada uno conforme a sus experiencias vitales. Es sorprendente constatar la responsabilidad de Giner en la ausencia de España en los primeros Juegos Olímpicos modernos. Coubertin quiso implicarlo, pero no logró que se involu-

² Cossío, M. B.: «La enseñanza del arte», *BILE*, 217 (1886) 59.

³ Otero Urtaza, E.: «Relaciones e intercambio de ideas entre Alexis Sluys y Manuel B. Cossío», *BILE*, 23 (1996) 33-42.

Abelisco S.
 Mi querido amigo
 Hoy si que necesito de V
 para mi asunto todavía más
 importante que el de los vitinos
 de la Exposición, al cual nada
 me ha contentado
 Por fin ha venido de Roma
 la dispensa para mi matriculación
 de religion mixta con mi prima:
 pero no obligan a hacerlo en
 el extranjero, y como la familia
 de mi prima está en Galicia,
 hemos decidido ir a Braga
 a casarnos Espero que el

en el acto. Hasta recibí
 contestación de V no saldré
 de aquí. Qué hotel me
 recomienda V en Braga?
 ¡perdoneme tanta y tanta
 molestia. En cambio, cuando
 vuelva V a esta casa atase
 V mejor cuidado!
 del carrión recuerda de D.
 Tran. y para D. Liza los
 vitinos sabe cuanto es duro
 a V. amigos
 M. Cossio
 11 Julio 93.

Carta de Manuel B. Cossio a Bernardino Machado. 1893. (Archivo de la ILE.)

crara en sus planes, ya que, aunque Giner sentía un vivo interés por la educación física en su dimensión pedagógica, es muy difícil imaginárselo interesado por su dimensión como espectáculo de masas, aunque el propósito de Coubertin fuera el entendimiento y la paz entre los pueblos.⁴ Otra relación necesaria para comprender el espacio interior en que se movía Giner es su amistad con Bernardino Machado. Eran de formación muy diferente y tenían unos métodos de trabajo opuestos ante sus respectivas opiniones públicas, pero mantuvieron una fuerte relación personal que llevaba al político portugués a lamentarse de la ausencia de Giner, porque su compañía y conversación era lo que más le reconfortaba espiritualmente.⁵

El epistolario de Giner y Cossio con los reformadores europeos contiene reflexiones y confidencias de sobresalientes educadores liberales de Francia, Bélgica, Alemania, Suiza, Austria, Reino Unido, Portugal y, en menor medida, de otros países, entre los que debemos incluir las repúblicas iberoamericanas y los Estados Unidos. La mayo-

⁴ Otero Urtaza, E.: «Las relaciones entre Pierre de Coubertin y Francisco Giner de los Ríos», *Revista Complutense de Educación*, 7 (1996) 201-210.

⁵ Otero Urtaza, E.: «Bernardino Machado e Francisco Giner de los Ríos. Amizade, iberismo e espírito de reforma educativa», *Revista de pensamento do Eixo Atlântico*, «A mirada do outro». *Para unha Historia da Educación na península*, 4 (2003) 107-119

ría de los protagonistas del ideal educativo que arropó a la III República francesa, Buisson, Grèard, Bréal, Guillaume, Pecáut, Marion, se cartearon con los reformadores españoles. En Alemania, Paul Hohlfeld, difusor de la obra póstuma de Krause junto con Wünsche, contó a Giner sus planes de edición entre 1880 y 1904. Para conocer los influjos de la educación británica en la ILE, las cartas de Lyulph Stanley, casi siempre en francés, que comienzan en 1884 y se prolongan hasta el 23 de febrero de 1915, fecha en la que el ya flamante Lord Sheffield presenta sus condolencias a Cossío por la muerte del maestro, nos descubren una perspectiva inédita y aún no abordada. Podemos encontrar también correo de Friedrich Dittes, J. J. Egli, Charles Buls y otros educadores de gran significación, como el norteamericano William T. Harris, que durante años ocupó el Comisariado de Educación. Toda esta correspondencia nos dibuja un cuadro de inmenso valor, que se compone durante más de medio siglo.

En el patrimonio documental de la Fundación Francisco Giner de los Ríos se conserva así una extraordinaria colección epistolar que no sólo revela datos sobre las relaciones, en ocasiones muy complicadas, entre los institucionistas, sino que también ayuda a construir la historia interna de las luchas, reformas y anhelos de los grandes educadores europeos de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Es un conjunto documental que nos permite contemplar la ILE desde una perspectiva europea, pero que también nos descubre muchos de los entresijos y las dudas de grandes educadores con relación a lo que ocurría en sus propios países. Dos ejemplos nos servirán para ilustrar lo que estamos diciendo. Es conocido el episodio de la lectura de la tesis de Dwelshauvers en la Universidad Libre de Bruselas y el apoyo que tuvo por parte de Denis, enfrentándose a Tiberghiem, pero quizá lo sea menos que el relato directo de los hechos le llegó a Giner a través de una larga carta de Alexys Sluys escrita el 4 de marzo de 1894, en la que explica que la asonada que promovió con los estudiantes cesó repentinamente porque Denis, que tenía familia numerosa y vivía exclusivamente de su sueldo, fue amenazado con la expulsión. Otro caso es el de Adolpho Coelho, el introductor del fröbelianismo en Portugal. Es difícil pensar que lo que contaba en las confidencias que hacía a sus amigos españoles lo dijera en su país públicamente, si bien es de capital importancia para situarlo mejor en la Generación de 1870. Llegó a quejarse a Cossío de que la mayoría de sus colegas, Simões Raposo, Arriaga, Mateos, Theophilo Braga o Cedroso, eran «pedagogistas superficiales»; y con Giner se desahogaba furiosamente contra los republicanos, ya que, sometido a una brutal campaña de insultos en la prensa, creía que su triunfo en las elecciones municipales supondría el desmantelamiento de las instituciones que estaba organizando, la escuela Rodrigues Sampaio y el Museo Pedagógico Municipal de Lisboa; y así, le dice el 30 de octubre de 1883:

O partido mais vil do meu pais é o republicano ou chamado republicano. As minhas sympathias naturaes são pela forma democratica; mas ante un partido republicano como



Tarjeta postal de Manuel B. Cossío a Francisco Giner de los Ríos. 1877. (Archivo de la ILE.)

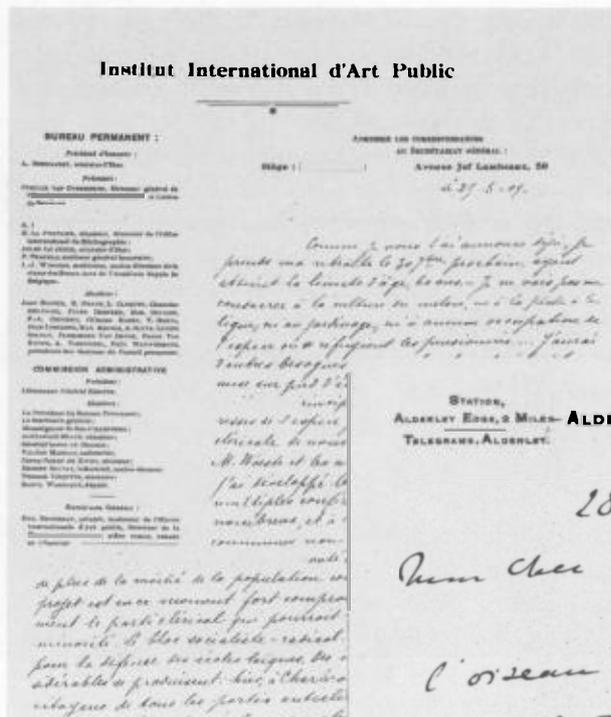
o do meu país, vejo que abysmo nos separa ainda da forma democratica, um abysmo que só uma educação secular poderá encher. É a ochlocracia [sic], não a democracia, que nos bate a porta. Meia duzia de mediocres ambiciosos e sem consciencia agitan a turba bestial, lisongeam-na cum promessas irrealisaveis e preparam para a nação mais um instrumento de ruína. A arma capital do partido republicano nos jornaes é a calumnia. A cobardia dos partidos monarchias, que se sentem sem força moral, porque não teem sciencia, deu largas á furia republicana. A accusação dos escandalos verdadeiros abriu-lhe as portas á accusação de escandalos e crimes imaginarios. O povo, na sua ignorancia, esta prompto a acreditar o ultimo (sempre o ultimo) discurso do charlatão que lhe falla, incapaz de o julgar.

Finalmente no debemos olvidar la importantísima correspondencia que Cossío mantiene con Giner a lo largo de toda su vida, porque no sólo nos revela aspectos internos de la ILE, sino que explica muchos acontecimientos de la vida cultural española, y desde luego esta perspectiva europea que estamos describiendo. Es un epistolario que comienza en 1877 y del que existen colecciones de cartas hasta el viaje que Cossío emprende con su familia para disfrutar de la pensión que le concedió la Junta para Ampliación de Estudios en 1909. En las primeras cartas hay una emoción extraordinaria, llena de finísima sensibilidad y afecto mutuo que algún escribiente de oído, sin tocar un solo documento, ha querido mostrar como morbosa. Realmente Cossío estaba deslumbrado con Giner, quien descubrió en aquel joven las mejores cualidades para compartir una labor intelectual honesta y fascinante en la cultura española. Hay con-

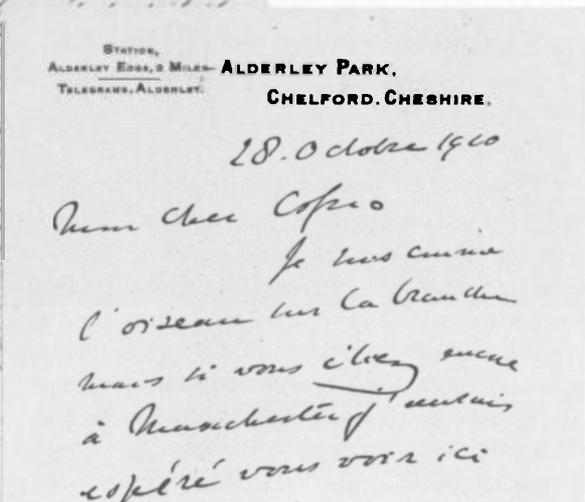
juntos de cartas que muestran cómo se va asentando la relación a lo largo de los años, pero que a su vez contienen información de sus planes para influir en el curso de los acontecimientos; de cómo orientan el nacimiento de las instituciones que fueron amparando; de sus opiniones sobre los reformadores europeos, y por supuesto españoles; de las instituciones que visitan; de los acontecimientos políticos que viven, y de las comparaciones que realizan entre lo que contemplan en el extranjero y lo que entonces teníamos en España. La separación entre maestro y discípulo produce epistolarios de un gran valor documental: en 1880, cuando Cossío permanece en Italia y luego asiste al Congreso Internacional de Educación de Bruselas, presentando internacionalmente a la ILE; en 1882, cuando realiza un viaje por varios países europeos visitando escuelas y museos pedagógicos; en 1888, cuando viaja a Zúrich y allí encuentra a una chica alemana que le gusta y se lo cuenta a Giner, quien le responde que vaya detrás de ella a Berlín... Cossío no le hace caso y marcha a Edimburgo, a casa de Stuart Henbest Capper, y permanece allí varias semanas en compañía de su amigo, con el que realiza algunas excursiones de las que hace muy buenos relatos, así como de las gentiles veladas que comparte con las hermanas de aquel. Después de su boda con Carmen López Cortón, y tras el nacimiento de su hija Natalia, Cossío viaja sin Giner a San Victorio, en diciembre de 1895: hay ahora un nuevo grupo de cartas que nos descubren la cotidianidad de la vida española, las cosas que ocurren en un vagón de tren y cómo celebraban las fiestas navideñas.

En 1896 Cossío pasó con su esposa y su hija las vacaciones de verano en Ghétary, en el País Vasco francés. Giner permanece en San Victorio ese verano, por primera vez sin la compañía de Cossío. Tenemos en este epistolario otro ejemplo de confidencias, de relaciones humanas que a su vez se insertan en fenómenos más complejos, donde lo cotidiano y familiar se une a sus esfuerzos por cambiar los hábitos del país, y siempre atentos a lo que ocurre en el mundo. Permítanme ponerles un ejemplo con una de estas cartas, en que se refleja, como un corte muy fino en el tiempo, las preocupaciones que Cossío tenía en un día de su vida:

Padre del alma! Gracias por la fotografía del balandro. Es muy bonito. Yo sólo temo lo que le cueste a Pepe el entretenimiento. La chica gozó mucho con ella. Dijo bote y vapor, y Pepe muchas veces. Está hecha un encanto: aunque con geniecito, pero hay que saberla llevar. En el baño es ya hasta el asombro y el encanto de todos: porque entra riendo y juega y hasta quiere nadar!! y sale casi con pena. Verdad es que el tiempo está ahora delicioso. Qué te habías de ir tú a Montreal!!! Me hace gracia! Si fuera a Berlín o París o Londres! Hablé mucho con Paul Adam. Es sentido nuevo: pura paz en política. Joven yo creo que más que yo. Le interesó nuestra conversación hasta el punto de pedirme permiso para citarme en sus artículos, que no le di. Se fue a París. Volverá hacia el 20 para ir a Madrid. Interesa sobre todo ahora a Francia saber si en el caso de una guerra que creen inminente con Inglaterra por Egipto, la mentalidad español



< Carta de A. Sluys a Francisco Giner. 1909. (Archivo de la ILE.)



Carta de lord Sheffield a Manuel B. Cossio. 1910. (Archivo de la ILE.) >

la hacia quien sería más benévola. El no es político sino en líneas generales y sociales. Me ofrecí para todo y creo que irá a buscarnos a casa. Es buena relación. Salmerón no pudo recibirlo por varias causas. Lo verá a la vuelta. Ya lo creo que iríamos a París con gusto; pero ahora no es posible. Ya será y en mejor ocasión. Ahora hay que volver a la brecha y en medio del desquiciamiento conservar la serenidad y las fuerzas para el trabajo y aguardar mejores días que vendrán. No pensemos en nosotros: que somos seres privilegiados.

No debes ir a Villablino por deber. Te repito mil veces esto. El problema no es de los que necesitan presencia. Lo que no hagan cartas no hará conversación. No hay nada que averiguar y explorar. Si no lo tomaras a locura iría yo desde aquí a Villablino sólo porque tu no fueras. Escribí a Alvarado carta y duro y sentido [sic]. Ni aún la aldea debía dejarse sino hasta el último momento. Con un día de viaje y dos a lo sumo — por tu tranquilidad, uno en Lugo y otro donde quisieras, o en el Pardo — sería más que suficiente.

Ayer tarde llegó la familia Sardá, bien. Contentísimos. Creo que están aquí hasta el 20. D. Merce muy cansadita me parece. Merce hija muy constipada no puede bañarse. No cree haya pleno Consejo porque nada han citado y ya debieran haberlo hecho para el 15. Cree lo hará solo la permanente, aunque no debía.

Pobre Cebada! Dile nuestra pena. Qué lances! Ya ves esos pobres si estarán peor ahora! Dile que gozamos mucho sabiendo lo que él goza en la aldea, y lo que le gusta. Es una delicia el poder contribuir a un rayito de sol. Que tome fuerzas de todo para acabar esa malhadada Escuela. Ahí va un poquito de zarzaparrilla de una guirnalda hermosa que Carmen trajo esta mañana. Hay mucha. Si la pudiéramos llevar ahí! Adiós que es tarde. Hoy tuve mucho correo. Vamos a zambullir a la marusa [sic], que está allá desde las 8½. Ya está algo tostada. Dios te bendiga a ti! y te dé fuerzas como ahora (no tengas manías) para hacer tanto bien.

Tu hijo que te adora. M.

Ghétary. 9 set. 96.

Sin duda la publicación completa de todos estos epistolarios ayudaría a situar mucho mejor lo que han significado para nuestra cultura los afanes de Giner y Cossío por construir una sociedad democrática y altamente educada. Una tarea que, si no es urgente, sí necesita de un esfuerzo institucional prolongado para ser abordada en su integridad, y que sin duda enriquecería nuestro conocimiento de un período histórico que merece más atención, porque nos muestra un conjunto de ideas que todavía son un referente valioso para la reflexión sobre lo que pudimos ser y no supimos serlo, y lo que todavía podríamos ser si nos lo propusiéramos.

Eugenio Otero Urtaza

Cartas de memoria: acerca de algunos epistolarios tardíos*

Juan Manuel Díaz de Guereñu

Pertenezco a lo que podríamos llamar una segunda generación de hispanistas dedicados al estudio del periodo de nuestra historia literaria presidido por la obra de los poetas del grupo del 27. Como muchos otros investigadores de mi edad, no tuve, pues, la fortuna de conocer personalmente a los autores de los que me ocupo o de poder cartearme con ellos, por lo que a menudo he seguido las huellas de quienes me precedieron en estas indagaciones. Hoy quiero iniciar el análisis de algunos epistolarios que aquellos poetas cruzaron en su edad madura con esos primeros estudiosos de su obra, que me parecen especialmente interesantes para nuestra actividad. La amistad generosa de alguno de estos pioneros o de sus herederos me ha permitido conocer las cartas en las que se inscribió su relación con los poetas y que, en ocasiones, llaman la atención por lo abundante y detallado de las informaciones que contienen. Creo que esa y otras peculiaridades de tales correspondencias, entre todas las que nos ha legado la actividad de los poetas, merecen alguna consideración, que comportará un homenaje obligado a una generación de investigadores que desbrozaron, con gran esfuerzo y muchos menos medios que los que nos facilitan ahora la tarea, lo que entonces era el zarzal de desconocimientos y lejanías de aquella época literaria.

Mis lecturas e investigaciones sobre Juan Larrea y Emilio Prados me pusieron hace años en contacto con los trabajos de David Bary y José Sanchis-Banús. Al primero, profesor entonces de la University of California en Santa Barbara y autor de una utilísima biografía del poeta bilbaíno, a la que recurrí con frecuencia mientras preparaba mi tesis de doctorado,¹ pude conocerlo personalmente y apreciar su calidad humana con ocasión de unas jornadas internacionales sobre Larrea que organicé en San Sebas-

*Una primera versión de este trabajo se presentó como ponencia en el Primer Encuentro sobre metodología e investigación de la historia literaria. Memoria de la Edad de Plata. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 23-25 de abril de 2001.

¹Bary, David: *Larrea: poesía y transfiguración*. Planeta, Barcelona, 1976. Mi tesis se publicó luego con el título *La poesía de Juan Larrea: Creación y sentido* (Universidad de Deusto, San Sebastián, 1988). En ella queda documentado el empleo de la obra de Bary así como de las cartas que Larrea le escribió, a las que me refiero a continuación.

tián y Bilbao en julio de 1984.² Más tarde, entre otras generosidades propias de hombre intelectualmente abierto y desinteresado cuando se trataba de la obra a cuyo estudio llevaba dedicado media vida, me facilitó copia de las cartas que Larrea le había escrito entre 1953 y 1978, y hasta me autorizó a editarlas. El tiempo, que todo lo desenreda, hace al fin posible publicar estos documentos.³

En cambio, no conocí a José Sanchis-Banús, ya fallecido cuando, en 1987, leí sus esclarecedoras *Seis lecciones* sobre Prados.⁴ Cuando lo sorprendió la muerte, en mayo de ese año, Sanchis-Banús, jubilado desde 1982 de su puesto como profesor en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbona, se aprestaba a publicar su correspondencia con Prados, que ya había sido núcleo esencial de su tesis en 1972.⁵ Su editor, Manuel Borrás, no abandonó el proyecto, que me propuso años más tarde y desembocó finalmente en mi edición de ese epistolario en 1995.⁶

Ambas correspondencias han sido instrumentos de la mayor importancia en algunas de mis investigaciones en torno a Larrea y Prados. Creo conocerlas bien y no engañarme al atribuir a las informaciones que contienen similar fecundidad para quien pretenda embarcarse en otros estudios sobre ambos autores. Por eso me parece que era importante publicarlas. Pero estoy seguro de que estos dos no son casos excepcionales y de que otras correspondencias tardías merecen también atención y estudio. Estas notas sólo pretenden discernir algunas de las circunstancias que fueron caldo de cultivo para esos intercambios epistolares y contribuyeron a suscitar la disposición de ánimo necesaria para que ambos poetas prodigarán datos de modo tan llamativo. Quizá, por añadidura, llamen la atención hacia este campo documental de los epistolarios tardíos de nuestros poetas de la Edad de Plata, que promete, si no me equivoco, descubrimientos sustanciosos. Puesto que la correspondencia cruzada entre Sanchis-Banús y Prados está editada y le he dedicado ya alguna atención,⁷ procuraré aportar algunos datos más

² Sus actas quedaron recogidas luego en Díaz de Guereñu, Juan Manuel (Ed.): *Al amor de Larrea*. Pre-Textos, Valencia, 1985. La contribución de Bary se tituló «Luz y Verbo: Larrea y las artes plásticas» (págs. 155-163). La recogió más tarde en Bary, David: *Lo que va de siglo: Estudios sobre cien años de literatura hispánica*. Pre-Textos, Valencia, 1987, págs. 91-99.

³ Cuando entrego este artículo, está prevista la publicación de las cartas de Larrea a Bary en las ediciones de la Residencia de Estudiantes, en el otoño de 2003. Bary ha dado de nuevo pruebas de su paciencia y desinterés atendiendo otra vez mis consultas y proporcionándome datos y documentos. Su esposa Lloyd y sus hijos Paul y Leslie han colaborado también en la tarea.

⁴ Sanchis-Banús, José: *Seis lecciones: Emilio Prados, su vida, su obra, su mundo*. Pre-Textos, Valencia, 1987.

⁵ Sanchis-Banús, José: *45 lettres inédites d'Emilio Prados annotées et commentées*. Tesis de doctorado del tercer ciclo, dirigida por Charles V. Aubrun y leída en la Sorbona el 1 de julio de 1972. Inédita.

⁶ Sanchis-Banús, José / Prados, Emilio: *Correspondencia (1957-1962)*. Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Pre-Textos, Valencia, 1995.

⁷ Remito a mi prólogo a *Correspondencia (1957-1962)* (págs. 9-28) y a lo desarrollado en Díaz de Guereñu, Juan Manuel: «En poesía desterrados: La correspondencia de Emilio Prados y José Sanchis-Banús», *Mundaz*, núm. 47, Universidad de Deusto, San Sebastián, enero-junio de 1994, págs. 127-143.

acerca de la que mantuvieron Bary y Larrea, a fin de que estas reflexiones puedan confrontarse con los materiales a los que se refieren.

Los he llamado epistolarios tardíos, y el calificativo no precisa de mayor justificación. Las cartas cubren lapsos de tiempo muy diversos —seis años en el caso de Sanchis-Banús y Prados, y más de un cuarto de siglo en el de Bary y Larrea—, debido a la corta vida del malagueño y a la longevidad del vasco, pero siempre periodos en los que ambos autores debían suponer necesariamente que habían recorrido ya más de medio camino de sus vidas. Además, sus corresponsales los situaron de entrada, con sus preguntas y peticiones, en la posición de hombres maduros que debían referirse desde la perspectiva de su edad al pasado y a la obra que llevaban ya realizada, aunque Larrea contestó primero como testigo de las experiencias ajenas, antes de convertirse él mismo en objeto de las investigaciones de Bary.



Vicente Huidobro y Juan Larrea
en Les Sables d'Olonne. 1924.
(Fotografía: Gerardo Diego.)

Las posturas de los dos poetas respecto a su edad fueron en un principio muy distintas. Porque muy diferentes eran las personalidades de ambos, sus talentos personales y el universo de convicciones, seguridades o incertidumbres que los motivaban. Prados, siempre inseguro y perplejo, vivía ya acosado por la inquietud de quien se ve en vísperas del adiós definitivo y necesita confirmar que la tarea de toda una vida tuvo sentido. Ansiaba un lector que lo comprendiera como poeta y que le prestara el calor humano que siempre precisó. Larrea, al parecer despreocupado de su futuro personal y, desde luego, seguro de la exactitud de las promesas de una nueva humanidad inminente que predicaba para América, requería en cambio inteligencias y sensibilidades capaces de asumir sus visiones y de propagarlas, contribuyendo a la misión que había hecho suya. Frente al investigador que esperaba de él precisiones y testimonios, las cartas del malagueño prodigaron datos en busca de una simpatía humana que confortase su soledad. Las del bilbaíno, ante un requerimiento similar, los procuraron para documentar exactamente su verdad y lograr una conformidad con sus postulados, aunque a la postre no fueron tampoco inmunes, como se comprobará, a las inquietudes que aquejaban a aquél. Transparenta ya estas diferencias la colaboración de ambos con ocasión de la edición de *Jardín cerrado*, de Prados, en 1946, en la colección de libros que editaba *Cuadernos Americanos*. Larrea, responsable entonces de la línea editorial de la revista, antepuso a los poemas del malagueño un prólogo, «Ingreso a una transfiguración», que subrayaba las angustias vividas del poeta y su desconocimiento previo de las pautas de interpretación que él proponía. Prados, en su interpretación, se había limitado a experimentar de modo inconsciente lo que él iba a esclarecer en esas páginas rebosantes de certezas milenaristas.⁸

Sanchis-Banús escribió su primera carta a Prados en septiembre de 1957, presentándose como un estudioso de su obra que agradecería informaciones detalladas sobre ésta. El poeta acababa de publicar *Río natural* y al poco saldría de las prensas *Circuncisión del sueño*,⁹ de modo que, pese a la relativa fecundidad poética de sus últimos años, ya había firmado buena parte de sus obras más significativas. Obviamente, Prados no podía saber cuántos años de vida le restaban, pero sí debía de temer que no fueran muchos, pues siempre padeció una mala salud que lo atormentó sin tregua. Desde tiempo atrás se sentía en precario: valga recordar que otorgó testamento en 1948. En 1951, un grave accidente doméstico casi le causó la pérdida de un ojo y le incitó a preparar la edición de una antología de sus versos, que se publicó en 1954.¹⁰ Además, las muer-

⁸ He analizado las relaciones entre sus respectivas visiones en mi introducción a la edición reciente del poemario: Prados, Emilio: *Jardín cerrado*. Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Cátedra, Madrid, 2000, en particular págs. 59-75.

⁹ Prados, Emilio: *Río natural*. Losada, Buenos Aires, 1957; y *Circuncisión del sueño*. Fondo de Cultura Económica (Colección Tezontle), México, 1957.

¹⁰ Prados, Emilio: *Antología (1923-1953)*. Losada, Buenos Aires, 1954.

tes de algunos compañeros de exilio le hacían presente la probable cercanía del final: en 1955 había muerto su paisano José Moreno Villa, y Prados colaboró en los preparativos de una publicación póstuma de sus obras; en 1959 fallecieron Domenchina y Manuel Altolaguirre, su cómplice en las lejanas tareas de editor de *Litoral*.

Por otro lado, Prados sabía bien que el exilio añadía incertidumbres al siempre dudoso perdurar de una creación como la suya, obra de un extravagante sin contacto con estamento universitario alguno. Así se lo escribía a Sanchis-Banús en noviembre de 1959: «Nuestra condición de desterrados es triste hasta para estos casos. Aquí se quedan y pierden nuestros papeles sin que nadie se ocupe de ellos. Eso he visto, con los que van faltando» (pág. 243). Todo ello le indujo, por un lado, a realizar una nueva revisión y reevaluación de su obra, que rotuló *Selección 1959*, con el propósito de dejarla ordenada y dispuesta al morir,¹¹ y, por otro, a dar la bienvenida a aquel exiliado español en Francia que le pedía ayuda para realizar un trabajo académico sobre su poesía. En su primera respuesta a Sanchis-Banús, le dice que ha recibido «con agrado» su carta, que aprecia su «tono serio y afectuoso», así como «la forma de enfocar el estudio», y que le enviará «gustoso los datos que necesite». Acerca de su *Antología (1923-1953)*, en la que Sanchis-Banús pensaba fundamentar su estudio, Prados le confirma que la seleccionó él mismo «para poder dar más claramente una idea de mi poesía o de lo que ella buscaba».¹² Es decir, que si el poeta se presta a oficiar de informador acerca de su obra, es en buena medida porque él mismo, por sus perspectivas de hombre maduro, enfermo y perdido en el exilio, se hallaba ya dedicado a la tarea de aprestar su legado para cuando se le acabara el cupo de los días que le habían correspondido. Sus cartas reiteran esas preocupaciones sin descanso:

Ya voy para los 60. Lo que he hecho está mal hecho y no es el mundo que yo pensé que pudiera dar. Hoy, con la claridad mayor del pensamiento, veo que no tengo tiempo para darlo como es mi obligación. Esto es lo que me deprime. [...] Puede ser que simplemente sea todo debido a una vejez prematura que todos los desterrados padecemos, aunque algunos no lo ven así.¹³

Y también reiteran su voluntad indeclinable de continuar su labor y de colaborar con el estudioso rebuscando recuerdos y detalles. A Prados, la memoria de lo que había sido su creación se le convierte, según avanza la correspondencia que nos ocupa, en bálsamo para sus angustias e incertidumbres: «ahora me hace bien recordar», afirma. Y hasta propone nuevos modos de articular el intercambio de información que lo sus-

¹¹ Hay huellas de todos estos acontecimientos en la correspondencia del poeta. La última tarea de relectura y apresto de su obra, en concreto, dio lugar al envío a Sanchis-Banús de las «Notas del libro *Selección 1959*» en noviembre de ese año (*Correspondencia [1957-1962]*, págs. 244-249).

¹² Carta de Prados a Sanchis-Banús del 26 de octubre de 1957, *Correspondencia (1957-1962)*, págs. 43-44.

¹³ Carta de Prados a Sanchis-Banús del 29 de septiembre de 1958, *Correspondencia (1957-1962)*, págs. 75-76.

tenten con más seguridad: «Si quieres me haces una serie ordenada de preguntas [...]. Así la *herencia* que te deje será más cierta».¹⁴ Porque era muy consciente de la fragilidad de su memoria y de su limitada capacidad para ordenar sistemáticamente los datos y debió realizar un esfuerzo notable para articularlos.

El talante de Larrea distaba mucho del enfermizo y perpetuamente angustiado del malagueño. En 1953, cuando recibió la primera carta de David Bary,¹⁵ contaba tantos años como Prados cuando Sanchis-Banús entabló contacto con él, pero no se sentía en absoluto acogotado por la inminencia de un fin próximo. Residía entonces en Nueva York, donde investigaba desde 1949 gracias a una beca de la Fundación Guggenheim. Permaneció allá hasta 1956, gracias a becas sucesivas, dedicado exclusivamente a sus estudios acerca de la teleología de la cultura, y siempre consideró ese periodo de trabajo uno de los más fecundos para el desarrollo de sus concepciones. El optimismo ideológico y vital de Larrea, que no habían logrado desbaratar las dificultades de toda índole suscitadas por el exilio, la pérdida de sus bienes y la quiebra de su matrimonio en 1947, se encontraba en uno de sus momentos culminantes. Y ello a pesar de que sus magros ingresos de becario le forzaban a una austeridad extrema. El propio Larrea hizo referencia a las condiciones de su existencia años más tarde, al narrar su encuentro con el periodista Rafael Pineda en 1954:

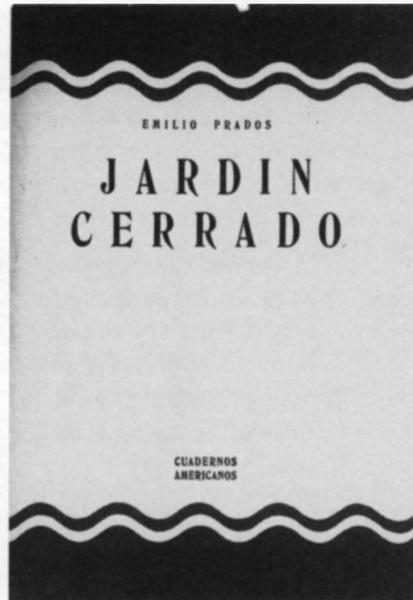
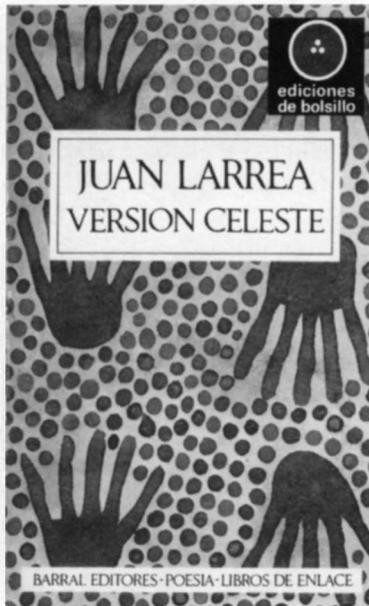
mi indumentaria era modesta, como correspondía a quien, una vez costeadado el apartamento, tenía que subsistir en Nueva York, sosteniendo a sus dos hijos, con la suma de ciento cincuenta dólares al mes, es decir, con cinco dólares diarios para cubrir todos los gastos previsibles e imprevisibles de tres personas, y así durante siete años consecutivos. Y sin un centavo ni en el banco ni en el horizonte, sin un auxilio familiar al que acudir, ni un palmo de tierra en que caernos muertos.

El bilbaíno consideraba estas apreturas el precio que debía pagar «si había de llevar a fondo ciertas investigaciones en el campo de la Cultura, tan importantes, a mi entender, como para justificar semejantes sacrificios».¹⁶ Sus convicciones le permitían, pues, afrontar las dificultades con ánimo entero.

¹⁴ Carta de Prados a Sanchis-Banús del 29 de octubre de 1959, *Correspondencia (1957-1962)*, pág. 212.

¹⁵ La primera carta de Larrea a Bary está datada por error el 1 de febrero de 1932. En la copia que Bary me facilitó había anotado a mano la fecha 1952, que enmienda de forma lógica el error, pero al referirse luego a esa misiva, la dató en 1953 (Bary, David: «Huidobro y Larrea: relaciones personales e intelectuales», en *Nuevos estudios sobre Huidobro y Larrea*. Pre-Textos, Valencia, 1984, pág. 22). En efecto, ésta última es la fecha correcta, pues Bary entabló contacto con Larrea ese año. Le escribió desde Madrid, durante su viaje por Europa buscando información para su tesis sobre Huidobro, siguiendo una sugerencia de Gerardo Diego.

¹⁶ Larrea, Juan: «Un tercero en discordia (sobre el affaire Neruda-Larrea)», *La República*, Caracas, 28 de julio de 1968.



Bary le solicitaba información no acerca de su propia obra, sino acerca de la de Vicente Huidobro, con vistas a una investigación de la que resultó en 1955 su tesis, *The Poetry of Vicente Huidobro*, de la que a su vez derivaron varios artículos y en 1963 su libro *Huidobro o la vocación poética*.¹⁷ El propio Bary, al analizar tiempo después las relaciones del chileno y el vasco, recordó que las primeras cartas de éste contestaron «con un lujo de detalles y precisiones, y en un estilo más para publicado que para confidencia personal, mis preguntas sobre la vida y la obra de Huidobro».¹⁸ Al estudioso le sorprendía, pues, la meticulosidad con que Larrea acumulaba datos, según una lógica más propia del investigador que había llegado a ser que del poeta que recordaba episodios vividos junto a su amigo, el fundador del creacionismo. Los dos corresponsales se entrevistaron en Nueva York en septiembre de 1953,¹⁹ y el encuentro suscitó un ejercicio de la memoria que el vasco comentó en una carta datada el día 13 de aquel mes: «Me agradó conversando con usted recordar tiempos para mí importantes y quizás en exceso olvidados. Después he procurado puntualizar algunos de los detalles dudosos». Detalles que procedía de inmediato a transmitirle.

¹⁷ Bary, David: *Huidobro o la vocación poética*. Universidad de Granada, CSIC, 1963. El libro está dedicado entre otros a Larrea, a quien califica de «eminencia gris de la Poesía» (pág. 7), título que Bary reiteraría en la dedicatoria de *Larrea: poesía y transfiguración*, una década más tarde.

¹⁸ Bary, David: «Huidobro y Larrea: relaciones personales e intelectuales», pág. 22.

¹⁹ *Nuevos estudios sobre Huidobro y Larrea*, pág. 47.

Esta propensión a pormenorizar de Larrea, que el hispanista norteamericano recibió, claro está, con sorpresa y entusiasmo, venía de muy atrás y derivaba de los rumbos que había seguido desde hacía más de dos décadas su peripecia intelectual. En 1926 comenzó a anotar sus experiencias en un diario. Llegó al poco al convencimiento de que sus anotaciones contribuían decisivamente a definir el sentido de su existencia, que él se afanaba desde hacía un tiempo por encontrar. El 4 de julio de 1931 escribió ésta:

Desde anoche he empezado a percibir cómo gran parte de mi vida, si no toda, tiende hacia algo que hasta ayer me era subconsciente. Hacia algo que ha de servir de clave y justificación a todo o parte del edificio construido por las idas y venidas de mi vida. Hacia la publicación de estas notas desbarajustadas empezadas a escribir con un fin de única utilidad personal, con objeto de no olvidar, fallándome como me fallaba la memoria, los puntos de apoyo que me han servido de guías y sostenes a través de mi crisis.²⁰

En carta a su amigo Gerardo Diego del 29 de diciembre de 1933, en la que comentaba el sentido de su diario, ahora convertido en un libro que más tarde tituló *Orbe*, Larrea le explicó que no podía producirse «ningún hecho gratuito, prodigioso, porque lo prodigioso es el sentido puro de la vida diaria».²¹ Esta convicción le incitaba, pues, al registro preciso de las experiencias y de los detalles que las constituían, pues cada uno de ellos podría alimentar luego una relectura que los dotaría de sentido y los encuadraría en una explicación poética de su propia existencia y de la historia en general, a la que Larrea dedicó todos sus esfuerzos en el exilio. Cuando Bary entabló relación con él, por tanto, dio con un filón, porque las convicciones milenaristas de Larrea, su enorme voluntad de trabajo y toda su brillante capacidad intelectual estaban prestas para emprender la tarea de acopiar detalles y ofrecerlos en forma de recuento documentado de su experiencia.

Fruto de esta actitud del poeta vasco fue, notablemente, su carta del 17 de enero de 1954, la tercera de las que escribió a Bary, que contestó a preguntas de éste acerca de *Altazor* en siete páginas mecanografiadas a un solo espacio, que luego el hispanista publicó;²² fruto también, sus documentadísimas exégesis posteriores de Darío,

²⁰ Larrea, Juan: *Orbe*. Seix-Barral, Barcelona, 1990, págs. 27-28. Se trata, como es sabido, de una edición parcial del diario, que como tal sigue inédito en la actualidad.

²¹ Larrea, Juan: *Cartas a Gerardo Diego: 1916-1980*. Edición de Enrique Cordero de Ciria y Juan Manuel Díaz de Guereñu. Universidad de Deusto, San Sebastián, 1986, pág. 267.

²² Bary publicó la carta en «El *Altazor* de Huidobro según un texto inédito de Juan Larrea», *Revista Iberoamericana*, núm. 102-103, enero-junio de 1978, págs. 165-182; texto revisado en «El *Altazor* de Huidobro según una carta de Juan Larrea», en *Nuevos estudios sobre Huidobro y Larrea*, págs. 47-65.

Huidobro y, sobre todo, Vallejo, poetas todos con los que se sentía en íntima relación.²³ Larrea había conocido bien a los dos últimos y en varios de esos trabajos adujo su testimonio en primera persona como argumento para explicar sus respectivas creaciones. Pero, a la recíproca, sus trayectorias personales y poéticas le procuraban también argumentos con que sustentar la lectura poética de la realidad a que le invitaba su propia experiencia desde que comenzó a reseñarla en las entradas de *Orbe*. En una de las cartas que escribió a Bary más adelante, el 7 de febrero de 1968, haría explícita su convicción de que las vidas y las creaciones de estos poetas estaban ligadas estrechamente a las suyas propias y al sentido «milagroso» subyacente que se empeñaba en desenrañar: «Algún día la conciencia hispánica tendrá que comprender que la experiencia poética o, mejor, cierto aspecto de las experiencias de Darío, Huidobro, Vallejo, y en especial, de Larrea pertenecen a esa otra vertiente».²⁴ Es decir, en definitiva, que si el bilbaíno resultó ser un informante tan concienzudo lo fue porque estaba convencido de difundir así sus interpretaciones, porque juzgaba lo narrado un argumento más en la construcción de su sistema.

La estructura del pensamiento de Larrea y los procedimientos que utilizaba para desarrollarlo, con su búsqueda minuciosa de signos para una versión poética de nuestra realidad humana, militaban, pues, a favor de quien acudiera a él solicitando documentación detallada, como Bary. No es de extrañar que el hispanista le pidiera, años más tarde, autorización para publicar esa carta sobre *Altazor*, y tampoco que Larrea se la concediera de inmediato: «puede servir para poner en claro algunas cosas», le escribió, invitándole tan sólo a que tomara nota, nuevamente, de «algunas puntualizaciones».²⁵ Tampoco sorprende que Bary le propusiera al poco publicar una selección de su epistolario, que, a juzgar por las muestras, prometía informaciones sin cuento. El 16 de abril de 1971, Larrea procuró moderar su entusiasmo por una «tarea ímproba» y que «podría adquirir proporciones excesivas». Pero él mismo no dudaría en dar a la imprenta algunas de las cartas que iba componiendo a fin de puntualizar o docu-

²³Se resumen en estos títulos: *Intensidad del Canto errante*. Universidad Nacional de Córdoba, 1972, y *Rubén Darío y la nueva cultura americana*. Pre-Textos, Valencia, 1987; «Vicente Huidobro en vanguardia», *Revista Iberoamericana*, núm. 106-107, enero-junio de 1979, págs. 213-273. En cuanto a Vallejo, sería muy prolijo reseñar todos los trabajos que Larrea publicó en los cinco volúmenes de su revista *Aula Vallejo*; baste recordar como muestra los recogidos en *Al amor de Vallejo*. Pre-Textos, Valencia, 1980, y su edición de la *Poesía completa* del cholo. Barral, Barcelona, 1978.

²⁴He analizado en otro lugar los procedimientos por los que Larrea atribuye a estos y a otros poetas experiencias propias, o identifica éstas con las ajenas, para desarrollar pautas para una lectura poética de la historia y de su existencia. Véase Díaz de Guereñu, Juan Manuel: «Como un solo poeta», en *Juan Larrea: versiones del poeta*. Universidad de Deusto, Bilbao, 1995, págs. 165-184.

²⁵Carta de Larrea a Bary del 14 de marzo de 1971.

mentar sus experiencias intelectuales y sus relaciones con la poesía y el arte contemporáneos.²⁶

Precisamente un incidente literario en que se vio envuelto Larrea dio ocasión para que Bary reanudara en 1962 la correspondencia con él y la orientara de forma más directa a indagar en su memoria personal y en su obra. El hispanista le preguntó acerca de la «Oda a Juan Tarrea» que Neruda había incluido en *Nuevas odas elementales*.²⁷ El desafortunado ataque del chileno le incitó así a recordar experiencias y relaciones vividas antes de la Guerra Civil y en los primeros años del exilio, que fue explayando en cartas sucesivas. Sus informaciones contribuyeron en 1968 a un primer ensayo de Bary sobre él, que inició una colaboración continuada en años sucesivos y suscitó nuevos proyectos.²⁸ El ataque de Neruda provocó también la respuesta de Larrea en una extensa carta que integró, con otros textos relacionados con sus opiniones respecto a aquél, en *Del surrealismo a Machupicchu*, en 1967.²⁹

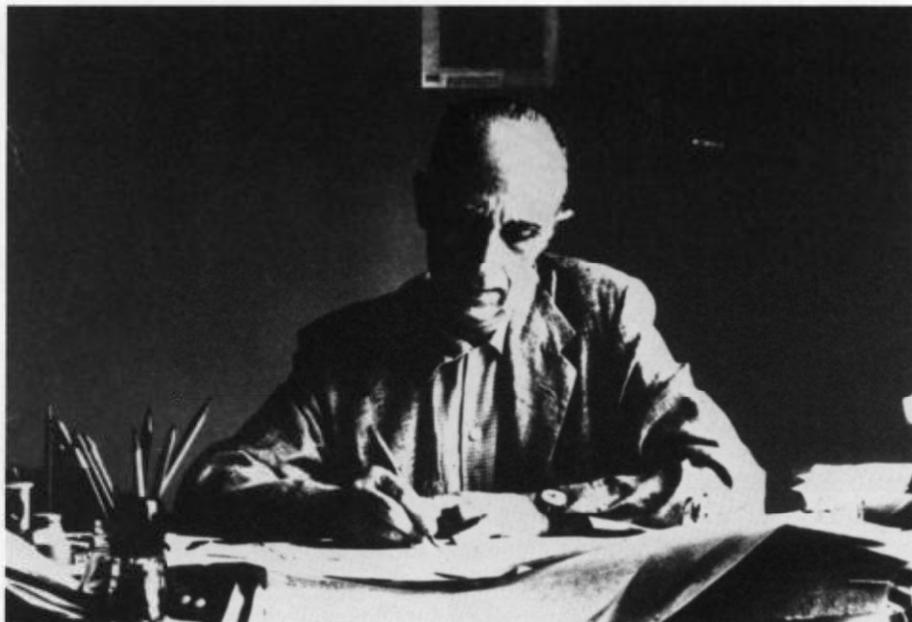
Los dos epistolarios que estoy repasando reflejan, pues, las situaciones y las preocupaciones diversas de ambos poetas: enfermo y angustiado por el incierto futuro de su creación el uno, en pleno vigor intelectual y deseoso de puntualizar datos para argumentar su visión de una verdad poética soterrada el otro. Pero ambos respondieron a las solicitudes de dos estudiosos interesados por la memoria que conservaban de un tiempo pretérito, en el que la obra de Prados o la del Huidobro que conoció Larrea lograron su mejor desarrollo. Estos epistolarios son tardíos no sólo por el periodo que cubren en las biografías respectivas de los dos poetas, sino porque, a diferencia de otros, no prestan tanta atención al presente en que redactaron las cartas como al pasado en que fueron creadas las obras que suscitaban las consultas que los motivaron. Las cartas que los integran representan el momento en que fueron escritas, pero sobre todo cuentan una historia vivida tiempo atrás.

²⁶ Un rápido repaso a su bibliografía nos proporciona estos ejemplos, que se suman a la «Carta a un escritor chileno interesado por la "Oda a Juan Tarrea" de Pablo Neruda» que aduciré más adelante en este trabajo: «An Open Letter to Jacques Lipchitz», *College Art Journal*, vol. XIII, núm. 4, verano de 1954, págs. 251-288 (versión española en *Poesía*, núm. 20-21, «Monográfico Juan Larrea», Ministerio de Cultura, Madrid, primavera de 1984, págs. 167-190; «Cartas a la cueva», *Kantil*, núm. 16, San Sebastián, septiembre de 1979, págs. 35-53; y «Cartas de amparo para un poema», *Poesía*, núm. 5-6, Madrid, invierno 1979-1980, págs. 7-15.

²⁷ Neruda, Pablo: *Nuevas odas elementales*. Losada, Buenos Aires, 1955.

²⁸ Bary, David: «Sobre la "Oda a Juan Tarrea"», *Cuadernos Americanos*, año XXVII, núm. 4, México, julio-agosto de 1968, págs. 197-214. Está recogido con el título «Larrea y Neruda: razón de una polémica» en *Nuevos estudios sobre Huidobro y Larrea*, págs. 125-143.

²⁹ Larrea, Juan: «Carta a un escritor chileno interesado por la "Oda a Juan Tarrea" de Pablo Neruda», *Del surrealismo a Machupicchu*. Joaquín Mortíz, México, 1967, págs. 101-130. La carta está datada el 4 de mayo de 1966.



Juan Larrea

Obviamente, toda carta es de algún modo un texto que busca su propia coherencia, que a menudo se articula como un relato y que, como tal, selecciona las informaciones y las ordena en una estructura significativa. Incluso la misiva más espontánea e impremeditada dice lo que dice organizando de algún modo su sentido. Pero las cartas que atienden al presente suelen incurrir en la misma mezcla disparatada de tentativas, proyectos truncados, ideas en germen o acciones aún no rematadas que caracteriza al vivir, por lo que sus intentos de imponer sentido a ese cúmulo de elementos heterogéneos suelen ser titubeantes, en parte fallidos. Las cartas que narran lo pasado, en cambio, perfilan relatos y sentidos mucho más claros, porque sus protagonistas y narradores han tenido ya ocasión de ordenar las experiencias e interpretarlas en razón de una trayectoria vital que las encuadra.

Los epistolarios tardíos ofrecen, por consiguiente, versiones más articuladas de lo que fue: lo que fue la escritura de sus libros, ahora ya ordenados en una disposición final, en el caso de Prados; lo que fue el descubrimiento de un sentido poético de la realidad, en el de Larrea. Las imágenes de sus autores que proyectan son muy diferentes: el malagueño es el ser humano desvalido que quiere dejar en herencia el fruto de su trabajo, de su creación; el bilbaíno, el profeta al que incumbe transmitir un mensaje y que busca contagiar su certeza y su entusiasmo por la realidad poética salvadora que se avecina. Pero ambas son versiones de sí igualmente construidas y cohe-

rentes. Reunir datos e informaciones concretas y remitírselos al corresponsal contribuye a elaborar el sentido que ordena el contenido de esas cartas rememorativas, a completarlo y, al compartirlo, reafirmar su validez. Frente al material en bruto de la existencia que contienen otras correspondencias, los epistolarios tardíos nos procuran, pues, un material elaborado, una versión del pasado vivido: la concebida por los propios autores. Ofrecen, por tanto, posibilidades de interpretación singularmente ricas, pero han de ser considerados con la prudencia que exige cualquier versión de la realidad.

No se trata, claro está, de restar legitimidad documental a las cartas que rememoran lo vivido y lo ordenan, en lugar de inscribirlo sin la mediación significativa de un plazo de tiempo dilatado. Sus informaciones habrán de ser compulsadas con otros documentos exactamente igual que las contenidas en misivas que atienden a experiencias contemporáneas a la escritura, pero hay que ser conscientes de que dicha mediación existe y determina el sesgo del testimonio. Por ponerlo con claridad meridiana: es obvio que la visión que de su obra anterior a la guerra tuvo Prados en el momento de redactarla fue muy distinta a la alcanzada dos décadas después, al proceder a integrarla en el «libro» definitivo que tituló *Selección 1959*.

Y tampoco valen aquí visiones simplistas y fórmulas de empleo universal. Se puede entender en el caso de Prados, por ejemplo, que la versión más tardía de su propia obra que definen sus cartas, en la medida en que la reevalúa, representa mejor su voluntad de autor acerca de su poesía, aunque su criterio se presta a discusión y un análisis riguroso de los datos puede sustentar hasta opciones editoriales contrapuestas.³⁰ No cabe aplicar sin más el mismo criterio a Larrea, dado que éste preparó sus poemas para edición en 1966, cuando hacía más de tres décadas que había dejado de escribirlos y se había desinteresado de ellos para dedicarse exclusivamente a argumentar sus profecías. Las preocupaciones intelectuales y las ocupaciones literarias del autor habían cambiado tanto que para reputar al Larrea de 1966 poeta hay que admitir que lo fue en tanto que profeta de una nueva humanidad. Era, pues, un poeta muy distinto al que compuso los versos entre 1919 y 1932. Su tardía *Versión celeste*, el libro que los compiló, resultó, en suma, de una concurrencia de nuevos intereses intelectuales, descuidos textuales e intención propagandista que he intentado desentrañar en otro lugar.³¹

La reciente publicación de su correspondencia con Vivanco, que tradujo los poemas al castellano para la edición de 1970, lo deja bien claro.³² Se trata también de un

³⁰Véase al respecto la nueva edición de *Poesías completas* de Prados preparada por Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira (Visor, Madrid, 1999), que modifica sustancialmente los criterios de la primera y no asume los defendidos por el poeta en esa correspondencia tardía. La comenté con cierto pormenor en una reseña en *Mundaiz*, núm. 61, San Sebastián, enero-junio de 2001, págs. 150-153.

³¹Véase al respecto Díaz de Guereñu, Juan Manuel: *La poesía de Juan Larrea: Creación y sentido*, págs. 95-123; y «*Versión celeste*, cabeza de puente», *Ínsula*, núm. 586, octubre de 1995, págs. 18-20.

³²Yagüe López, Pilar: «Epistolario inédito de *Versión celeste* (1970). (Correspondencia de Juan Larrea - Luis Felipe Vivanco - Barral Editores)», *Moenia*, Lugo, vol. 4, 1998, págs. 169-233.

epistolario tardío, aunque, por el breve lapso de tiempo que abarca (de 1968 a 1971) y el asunto en el que se centra casi en exclusiva, la edición del libro, le cuadra bien la denominación «correspondencia de negocio» que le asigna el mismo Larrea (pág. 214). Ello no obsta para que sus cartas a Vivanco aporten un buen número de informaciones acerca de la composición definitiva del poemario y acerca de la interpretación que el bilbaíno le atribuía; interpretación que no se corresponde del todo con la que desarrolla Vivanco en su introducción y, al quejarse de las limitaciones de ésta, Larrea afirma que «el libro en su integridad corresponde a un proceso no literario, sino psico-espiritual», procurando llevarlo al molino de sus visiones proféticas. Pero también reconoce la mediación del tiempo en su visión: «De esto no tenía yo conciencia en 1932 cuando escribía, vivencialmente, el último poema del libro, ni en 1936, pero lo sé ahora».³³ Larrea era en 1932, cuando aún escribía sus poemas, tan inconsciente del sentido que éstos escondían como Prados cuando escribió los de su *Jardín cerrado*. La relectura del pasado que articulan estos epistolarios nos proporciona, en suma, datos del mayor interés para conocer la evolución del autor y de su propia imagen, pero no es instrumento definitivo ni exime al investigador de otras tareas críticas.

El deseo de imponer su versión de lo vivido, tan evidente en quien, como Larrea, proponía una ajena a nuestros modelos interpretativos habituales, no explica por completo el impulso de reunir informaciones y transcribirlas que transparentan sus cartas. También en Larrea encontramos, más adelante en el tiempo y aunque sea de modo fugaz, la misma inquietud acerca del destino de su obra que atormentó las cartas de Prados a Sanchis-Banús. Escribía el malagueño acerca de su labor poética:

Pero sea por lo que sea, se duda siempre. Y si mi vida entera se la entrego a una causa como es ese anhelo del que Vd habla, y al llegar a mi edad, veo que no conmueve o remueve a nadie, llego a pensar: ¡Estaré equivocado! o ¿No lo habré sabido decir?...³⁴

Por eso la comprensión de su esfuerzo creador que percibió en el estudio de Sanchis-Banús resultó para él literalmente una salvación y, entre las alegrías que afirmaba haber recibido de la poesía, señaló la de «leer, como en tu trabajo, que lo que yo quise llevar al hombre de alguna forma, era comprendido».³⁵ De ahí su afán por alimentar los trabajos académicos de su corresponsal con nuevos datos que no dejó de prometerle en sus cartas.

Se puede deducir, por tanto, que el interés de las informaciones contenidas en un epistolario tardío depende en buena medida de lo que éste representa en el reconocimiento de la obra de creación a la que tiene por objeto. Hablo, claro está, de la apre-

³³ Carta de Larrea a Vivanco del 15 de agosto de 1970, pág. 216.

³⁴ Carta de Prados a Sanchis-Banús del 13 de octubre de 1958, págs. 89-90.

³⁵ Carta de Prados a Sanchis-Banús del 22 de septiembre de 1960, pág. 303.

ciación subjetiva de dicho reconocimiento. El caso de Prados es paradigmático: saberse poco conocido y creerse poco y mal leído avivaron notablemente la necesidad de proporcionar a Sanchis-Banús datos exactos y pertinentes, que le facilitaran una inteligencia más precisa de los sentidos que comportaba su poesía. Es de suponer que, si su obra hubiese sido para entonces generalmente apreciada, su empeño de informante habría disminuido mucho. La relevancia documental de estos epistolarios tardíos depende, y no en escasa medida, de la inquietud y el ansia de los poetas por hacerse comprender.

También Larrea conoció, pese a su optimismo casi inexpugnable, momentos de inquietud por el destino posible de su legado. El motivo asoma en una posdata, tras la firma, en su carta a Bary del 20 de octubre de 1962, prolijamente dedicada a describir sus relaciones con Neruda antes de la Guerra Civil: el 23 de noviembre de 1961 su hija Luciana había fallecido en accidente de avión en São Paulo. Luciana Larrea había compartido durante años los conceptos visionarios de su padre y parecía destinada a asegurar su legado. Lo explicó la carta inmediata de Larrea a Bary, el 23 de febrero de 1963:

Mis bastantes papeles debieran haber quedado en manos de mi hija, cuya experiencia multidimensional estaba y está coentrañada a la mía propia. Ella debía administrarlos según las circunstancias y su mejor saber. Hablábamos de la posibilidad de depositarlos en mi Instituto del Nuevo Mundo de esta Universidad [de Córdoba], siempre que todo anduviera por el buen camino. Pero con la desaparición de mi hija y el modo como se desenvuelven las cosas por estos lugares, no sé ahora qué es lo que haré. Vivo de todos modos en el convencimiento de que nada habrá de perderse. Pero lo que consta en esos materiales sólo es una parte. Los sentidos más delicados, las conexiones más decisivas, los análisis más recónditos, se guardan en mi memoria, razón por la que juzgo indispensable la narración circunstanciada de mi experiencia íntima que dará testimonio del significado de la obra literaria y acerca de cómo funcionan en realidad, por sobre espacio y tiempo, la mente y la vida creadoras.

Larrea descendía a estas confidencias, por completo inusuales en cartas casi enteramente dedicadas a cuestiones intelectuales, porque Bary le había sugerido la posibilidad de escribir un libro acerca de su vida y su poesía, que el vasco juzgaba prematuro encarar, dados los numerosos cabos sueltos que habría que completar. «Por escasez de tiempo —escribe—, no me sería dado comprometerme a contestar las muchas preguntas que le irían asaltando a usted».

El paso de los años fue despejando las dificultades y, en 1968, el bilbaíno se avino a colaborar en el proyecto biográfico del californiano. Entre 1964 y 1965, su tarea intelectual en la Universidad de Córdoba había sufrido ataques de los estudiantes izquierdistas que provocaron la suspensión de su docencia durante 18 meses, enfrentándolo a nuevas incertidumbres y avivando su conciencia de que debía aprovechar cualquier oportunidad para hacerse propaganda. En el otoño de 1970, el hispanista visitó al poe-



Manuel Altolaguirre y Emilio Prados en México D. F., hacia 1954.

ta en su lugar de residencia, la Córdoba argentina, donde lo interrogó acerca de las variadas y curiosas incidencias de su biografía de poeta y visionario. Las cartas de fechas inmediatas le procuraron abundantes informaciones complementarias, a veces incluidas en apéndices en los que Larrea transcribió laboriosa y concienzudamente textos o listó referencias bibliográficas. Movía al bilbaíno, en su colaboración con el biógrafo, la convicción de que el libro de éste, lo mismo que las proyectadas ediciones de varias de sus obras en España, tras la publicación de *Versión celeste*, podía contribuir a difundir en y desde la Península sus ideaciones: «se anuncia la “invasión” del sentido poético-cultural de que mi experiencia es portadora», escribió a Bary el 23 de febrero de 1971. Y también lo movía la esperanza de ser comprendido al fin. Lo expresa en esa misma carta un comentario acerca de lo que significaba para él la poesía recogida en *Versión celeste*:

Quizá sea usted el primero en vislumbrar su substancia, el sentido espontáneamente teleológico que se advierte dentro del libro en sí, y de éste con lo que trajo tras de él al dispararme a la otra vertiente.

Sintomáticamente, los años que median entre el encuentro de ambos en Córdoba y la publicación de la biografía *Larrea: poesía y transfiguración*, en 1976, fueron los

de mayor frecuencia epistolar, en particular 1971 y 1974. En varios mensajes, Larrea expresó su impaciencia por ver un libro que las labores académicas de Bary iban retrasando. El bilbaíno era bien consciente del peso que podía tener una biografía redactada por un hispanista norteamericano en la validación de su tarea intelectual, cada vez más aislada e insegura en una Argentina que se precipitaba por la pendiente de la crisis política y económica abajo. Sus cartas siguen así una lógica similar a la de la correspondencia entre Sanchis-Banús y Prados. Aunque no se conocieron personalmente, los borradores de su trabajo que el primero fue enviando al poeta bastaron para incitarle a una correspondencia sostenida y con frecuencia abarrotada de datos. Y el ritmo de su intercambio epistolar estuvo ligado muy directamente a la composición de la tesina de Sanchis-Banús, *Temas y formas en la obra de Emilio Prados*,³⁶ de modo que las cartas fueron más frecuentes y extensas de mediados de 1958 a comienzos de 1960, periodo que abarcó su redacción definitiva, su defensa en junio de 1959 y los preparativos para su publicación, a la postre frustrada. Luego disminuyó ese ritmo, sobre todo por parte de Sanchis-Banús, probablemente fatigado por el esfuerzo y obligado a atender otros requerimientos más inmediatos. Prados, por su parte, le apremió hasta el final para que prosiguiera la correspondencia y el trabajo sobre su poesía.

Puede decirse, pues, que el tono, los contenidos y la intensidad de estos epistolarios derivan de la coincidencia, variable a lo largo del periodo que abarcan, de las preocupaciones y los intereses de los correspondientes. Lógicamente, sus circunstancias personales y profesionales delimitan éstos. Y, aunque ello sea mucho menos flagrante en Larrea que en Prados, debido a las seguridades que rigen habitualmente al primero y a las angustias permanentes del segundo, parece claro que los poetas tenían intereses a más largo plazo que los estudiosos. Probablemente ha de achacarse el hecho a las edades diversas o a que el interés de los creadores estaba centrado en el destino de su obra —fuera ésta sólo palabra poética o mensaje profético— y el de los hispanistas se veía arrastrado sin remisión por las exigencias de una profesión gobernada a menudo por la lógica de las tareas docentes y de otros trabajos siempre más urgentes que la investigación, tan morosa.

En 1974, también Larrea, como Prados, tuvo ocasión de conocer el borrador de la obra que le dedicaban y, como cualquiera imaginará, no perdió la ocasión de puntualizar nuevos detalles, añadiendo «pormenores a granel», cuando le parecieron oportunos, o corrigiendo recuerdos «desvaídos» tras consultar los documentos necesarios.³⁷ Con ocasión de esta lectura pudo explicitar su postura acerca del trabajo y del lugar que éste ocupaba en sus proyectos intelectuales:

³⁶ Sanchis-Banús, José: *Temas y formas en la obra de Emilio Prados. Diplôme d'Hautes Études*, dirigido por Charles V. Aubrun y leído en la Sorbona en junio de 1959. Inédito.

³⁷ Carta de Larrea a Bary del 24 de agosto de 1974.

Soy el primer interesado en que el cuadro factual se presente en la forma más fotográfica posible, como habré de hacerlo personalmente cuando llegue la hora, como espero, de redactar la relación pormenorizada de mi experiencia, obligación que se me viene retrasando en lapsos de edad que jamás hubiera sospechado. Y detestaría que entonces mi testimonio tuviese que disentir de algunas de sus informaciones acerca de los hechos. Que en cuanto a su interpretación cada cual ha de ser libre.³⁸

Larrea no dejó de anotar en cartas sucesivas sus reparos a la interpretación que Bary hacía de su experiencia, ligándola al paradigma de la aventura del héroe mitológico: «su comprensión —le apuntó el 30 de septiembre de 1974— es de orden individualista», mientras que entendía que su propia perspectiva, «mejor que extra-individual, es de conciencia colectiva». Al recibir al fin un ejemplar del libro, en enero de 1977, expresó escuetamente su opinión: «Libro muy oportuno y creo que muy útil aunque sólo sea una introducción al ensayo que justifique el título. ¿Para cuando la segunda parte?».³⁹ Como siempre, el profeta vasco se encontraba con que no aceptaban su visión por completo ni siquiera quienes estaban muy dispuestos a simpatizar con la pasión y el vigor intelectual que había empleado en exponerla. Y la ambición totalitaria de su sistema de pensamiento exigía una adhesión sin restricciones a sus métodos y a los contenidos concretos que éstos le procuraban. De ahí que reclamara a su corresponsal «el estudio detallado de [sus] obras, así los versos como los ensayos» que éste había anunciado en su libro⁴⁰ y que expresara con no mucha diplomacia su esperanza de que esa segunda parte de sus trabajos justificara el título de «poesía y transfiguración» —que él ya había considerado en una carta del 28 de agosto de 1972 «muy dentro de mi órbita»— con una exposición más de acuerdo con sus postulados y sus prédicas. De ahí también que se pro-

CORRESPONDENCIA (1957-1962)

José Sanchis-Banús
Emilio Prados



PRE-TEXTOS

³⁸ Carta de Larrea a Bary datada el 4 de agosto de 1974, probablemente por error, pues es evidentemente posterior a otra que lleva fecha del 24 de ese mes.

³⁹ Carta de Larrea a Bary del 8 de enero de 1977.

⁴⁰ Larrea: *poesía y transfiguración*, pág. 169.

pusiera aún, cuando estaba a punto de culminar el esfuerzo de Bary por poner en orden su biografía, escribir un texto autobiográfico, que finalmente sólo emprendió poco antes de su muerte y quedó inconcluso.⁴¹

La muerte interrumpió la correspondencia entre Sanchis-Banús y Prados al poco de que aquél concluyera su estudio sobre el poeta. Larrea sobrevivió aún unos años a la publicación de la biografía de Bary, pero el último mensaje que le envió data de 1978, casi dos años antes de su fallecimiento, de modo que en su caso se percibe con más nitidez que el intercambio epistolar se interrumpió como resultado de un alejamiento de los intereses de ambos, tras un periodo de trabajo conjunto.

Estos epistolarios tardíos, aunque nos importe esencialmente su contenido literario y el tesoro de datos que encierran, dan cuenta como cualesquiera otros de relaciones humanas, movidas por deseos y afanes diversos: pulsiones creadoras, convenimientos absolutos, deseos de comprender y de explicar, simpatías humanas o humanos desistimientos. Dos seres de edades distintas, acaso de culturas diversas, cruzan sus caminos durante un tiempo y, desde la distancia geográfica, ensayan una sintonía que produzca resultados positivos para ambos. La fecundidad de esos encuentros en el ámbito de nuestras preocupaciones científicas se traduce en el interés documental de las misivas. Pero tiene los límites de cada momento humano, de las inagotables posibilidades de desencuentro que anidan en cada encuentro. Como testigos tardíos de tales confluencias y divergencias nos incumbe, en tanto que estudiosos, la obligación de proseguir con dignidad las tareas de quienes nos precedieron y la de no enjuiciar o tasar, sino siempre comprender y explicar lo que aquellos semejantes, hace un tiempo, supieron compartir.

Juan Manuel Díaz de Guereñu

⁴¹ Conocemos sólo un extenso fragmento, «Veredicto», publicado en el monográfico que la revista *Poesía* dedicó a Larrea (núm. 20-21, Madrid, primavera de 1984, págs. 9-44).

Sobre *Cartas de la Pièce*, de María Zambrano*

Agustín Andreu

Los orígenes de *Cartas de la Pièce* se remontan a un pasado apócrifo que compromete la historia moderna de España. Apócrifo, en el sentido positivo, machadiano y zambraniano, de la palabra, que tan bien ha explicado José Luis Abellán: como verdad superior a la verdad histórica, como verdad prenatal y ab aeterno. Pasado apócrifo que, muy sentidamente, reivindicaba María Zambrano como familiar y cultural a un tiempo, de transmisión esotérica y espiritual, difícilmente documentable en sus tramos antiguos, pero tanto más sentido en la zona del alma donde se ocultan agravios silenciosamente sufridos. Un pasado más religioso que secular, más espinosiano que ortodoxo (en filosofía y en teología), más esotérico y místico que académico o letrado, y, siendo profundamente español, también profundamente occidental y europeo, muy parecido en ciertos aspectos al de algunos raros contemporáneos de María: Walter Benjamin, Simone Weil... Un pasado ancestral, de alumbrados, de hermanos marginados de la vida común, masón, de derrotado por fuera... tal vez inevitablemente. Así que, en este libro, hay historia secreta, novela, fábula... y teología.

Cuenta Hans Mayer en su semblanza de Benjamin, titulada *Der Zeitgenosse Walter Benjamin* (Walter Benjamin, el contemporáneo), que a Gershom Scholem, el joven e íntimo amigo del Benjamin, que siguen dando por supuesto que fue crítico literario y ensayista, le preguntaron cómo caracterizaría la disciplina científica de su amigo, qué diría que había sido. Y dice que respondió sin titubear: «¿Benjamin? Theologe, natürlich». Yo creo también, sin duda ni titubeo alguno, que se debería contestar lo mismo de don Antonio Machado y de María Zambrano, y, por cierto, como si formaran una facultad apócrifa los dos, como Benjamin y Scholem, que fundaran una universidad donde, por turno, hacían de rector y de alumno. ¿Qué son don Antonio y María, se pregunta? «Aber Theologen, natürlich!».

Don Antonio, duende secreto de la Residencia (secreto, pues era más institucionalista que vanguardista), en *De un cancionero apócrifo* le adscribe el oficio de teólogo a

* Texto leído por el autor el 19 de diciembre del 2002 en la Residencia de Estudiantes, con motivo de la presentación del libro *Cartas de la Pièce (correspondencia con Agustín Andreu)*, de María Zambrano (Pre-Textos, Valencia, 2002).

su Abel Martín, a quien suele atribuir todo lo que le es y le resulta prenatal a él mismo. Y a María, por mucho que se escurra y remilgue ella a cuenta de si sabe o no sabe de teologías, la teología le gusta casi morbosamente, y es lo que, desde siempre, la hizo sufrir como separación intelectual de su cálido y paternal maestro don José, en una tensión que ha dejado ver el joven y excelente biógrafo de Ortega y Gasset Javier Zamora en su reciente biografía de Ortega. Don Antonio y la Zambrano (este «la», en valenciano, es de familiaridad y vecindario) planteaban, por principio, el pensar incluyendo en él todos los contenidos de la vida, sin distinguir entre filosofía y teología, entre natural y sobrenatural, haciendo todo lo que podían, en las difíciles y ambiguas situaciones en que se iban viendo, para que la autoridad eclesiástica no los convirtiera en lo que decía don Antonio, «coleccionistas de excomuniones», pues la teología de la religión de su propio pueblo les era indispensable; y a don Antonio, además, por motivos metafísicos, porque la tradición religiosa, vivida y probada, experimentada, esa tradición era de encontrar solamente en los fondos del folklore, particularmente del folklore religioso, del pueblo, como a don Antonio le enseñó su propio abuelo, el insigne floklorista.

En noviembre de 1953, en carta de María a Lezama Lima (carta recientemente publicada en *Albur. Revista Cultural Cubana* por Diana Ivizate e Iván González Cruz) le escribía María a su «querido amigo Lezama» que, sentada ella en una silla bajita, acodada en una ventana de su apartamento de la romana *piazza* del Popolo que da al jardín que dicen el Pincio y gozando del caer otoñal de la tarde romana, se había sorprendido a sí misma «gozándose» en lo que Lezama tenía de teólogo. Y dedica toda la carta a explicar el descubrimiento que hace ella de la teología en la poesía y en la persona del amigo habanero, la importancia del tal descubrimiento y la necesidad de teología y de teólogos que se va a dejar sentir inevitablemente.

Y le dice: «¡Qué feliz hubieras sido en aquellos tiempos en que se podía hacer teología, tú cuya obra anda en busca de definiciones de Dios y de lo divino [...]!». Constatación abrumadora para el joven poeta, que quedaba, de tal modo, al descubierto en su actividad, inocente e inadvertida, de ir a la búsqueda nada menos que de definiciones de Dios y de lo divino. Bien sabemos que no es inocente tampoco la aparente sinonimia de Dios y de lo divino en esta Zambrano que es panenteísta por cuna y familia, y espinosiana de escuela.

Y sigue diciéndole, como quien ha probado ya el oficio, al joven poeta en trance de descubrirse, ayudado de la Sibila, como teólogo: «Oficio malo en estos días, sin reconocimiento posible [el de teólogo] [...] ¿Quién lo admitirá [ese oficio, hoy]? La [misma] Iglesia da por cerrado ese capítulo que es tanto como cerrarse a sí misma [...]». Hay que levantar acta de este hecho y ver lo que semejante conciencia podía significar: María Zambrano cree a principios de los años cincuenta que no hay teología, y que la Iglesia, en realidad, de verdad, propiamente, no la quiere. No tardaría en convocarse un concilio ecuménico que se propondría que fuese solamente pastoral, socio-



María Zambrano. Roma, 1960.

lógico-pastoral, pero no teológico-sistemático, es decir, no teológico-teórico a fondo y hasta el fondo último del conocimiento que da la fe. Programa que, con esa distinción entre teoría y praxis, distinción cuca y miedosa, como si no fuera luz lo que faltaba, pretendía resguardarse de verdaderos compromisos a fondo. Acudieron, en aquellos tiempos, a la praxis que demandaba imperiosa e imperativamente el marxismo, desde su teoría dogmática e implacable. No había sinceridad ni valor bastantes. Así que a la teología no se la quiere y no se la posibilita, no la quieren quienes más dicen ostentarla de oficio y más la han de necesitar... según María Zambrano. En ambientes superacadémicos españoles he tenido ocasión de presenciar en el último medio siglo de mi vida más de dos veces cómo se tachaba de teólogo a alguien para quitárselo de encima como menos apto para el filosofar y como rival eventual en aspiraciones locas. «Y sin embargo —sigue escribiéndole a Lezama Lima—, este menester de teología es de los que no admiten tregua, cada época ha de hacer la suya, no le sirve la ya hecha [...]». Mester y no sólo de clerecía, por lo visto... Don Antonio Machado, más maduro durante la Guerra Civil que la joven María, incluso se montó, ya entonces, la argumentación cristiana con que podrían y deberían encontrarse fraternalmente entre sí, un día, esos cainitas de españoles. ¿Quién más lo hizo tan pronto? Argumentación teológica y cristiana que, por cierto, no ha aflorado todavía en España, ni tampoco en Europa y América, lugares donde no la necesitan menos que aquí, aunque estén lejos

de caer en la cuenta de ello, o de querer caer. María no había llegado entonces a tanto, pues sería en Cuba donde advertiría que la Guerra Civil tenía que quedar clausurada hasta en la forma que tomaran la pluma y la escritura. Su discípula Fina García Marruz escribió que esto lo había advertido más tarde, en La Habana.

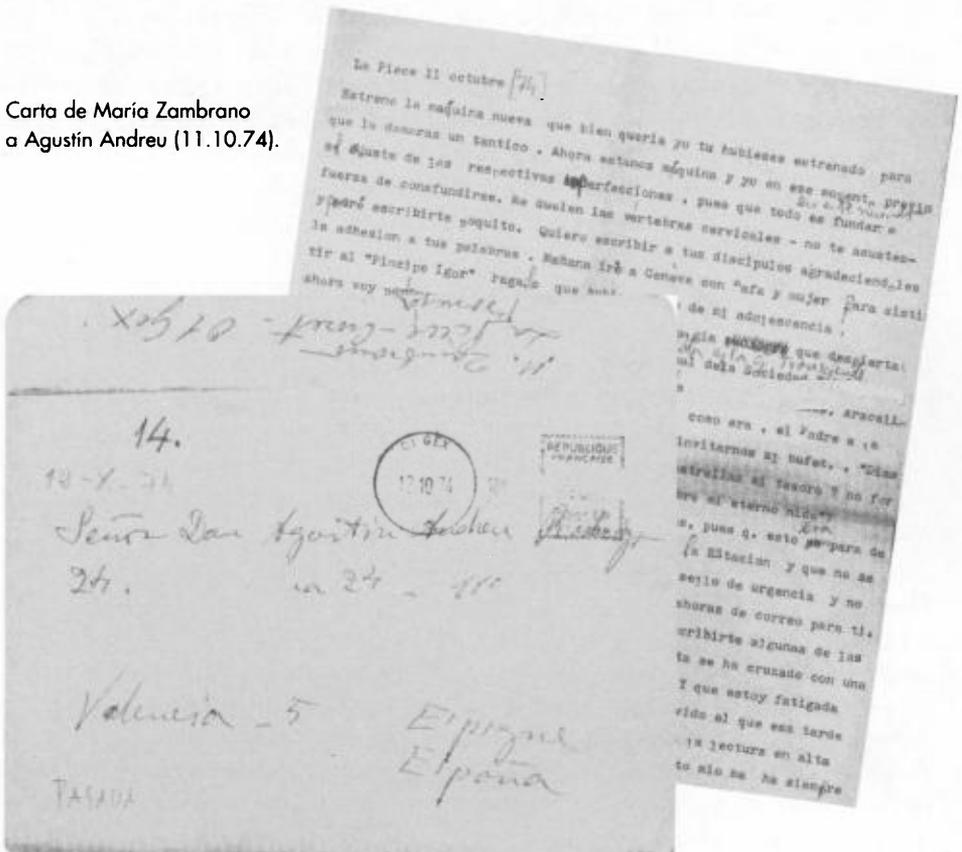
Y sigue escribiéndole María Zambrano a Lezama, en una operación que aclara la insabida querencia y vocación del discípulo, y no menos el estado de conciencia intelectual e histórica propia: «Con esto no quiero decirte que sea imposible el hacer teología [ahora], mas creo que es lo único posible, y que se hará [...]». ¿Cómo que es lo único posible? ¿No será ya posible una filosofía sin teología, pues?; ¿una «filosofía pura», como decían estudiar, por esas fechas y posteriores, simpáticas muchachas en las Facultades de Filosofía, ya mayoritarias ellas por entonces? O sea, que no va a valer una teología disimulada; habrá que descabalar las impuras teologías y hacer eso que se hace en el libro XII de la *Metafísica* de Aristóteles, lo de Plotino, lo de Jámblico (y Porfirio también, creo que diría la Zambrano): «lo único posible». Pero con todas las cauteles, mayores aún en María que en don Antonio, respecto a la teología en el poder, esa teología eclesiástica de la Universidad Gregoriana de Roma, con ese su aspecto de jurisprudencia eclesiástica o de ideología confesional, esa teología tan condicionada por la historia y la política, y a la que María no podía menos de mirar siempre de reojo, sin perderla nunca de vista, por la cuenta hispánica que le tenía, en la Roma de los años cincuenta... (¡Hay que ver lo que se perdieron, lo que hubiera podido significar para España y para Europa, incluida muy especialmente la Italia de la Democracia Cristiana, que a esa María Zambrano, que vivía a la mano, en *piazza* del Popolo, se la hubiera podido invitar al Colegio Español de Roma, vivero de futuros obispos, Colegio que mantenía —y creo que mantiene— la Conferencia Episcopal Española, o a la Gregoriana misma, donde sería invitado veinte años más tarde Xavier Zubiri, a que diera alguna conferencia sobre el hombre y lo divino, por ejemplo, ya que no sobre los intelectuales y la guerra de España, guerra que fue un trozo de la europea!)

Y sigue diciéndole a Lezama: la teología necesaria se hará, porque es necesaria, porque no se puede dejar de hacerla, porque no se puede hacer pensamiento sin esas profundidades conscientes o inconscientes; y se la hará al mismo tiempo que se hace poesía, filosofía, crítica literaria, y no aparte, apartada... Ya durante la guerra se había atrevido a decir, sin nombrarlos por nombre y apellido, a sus antiguos maestros y colegas de Facultad en aquel Madrid que se quedarían sin quehacer quienes se olvidasen de la verdadera «Hora de España», que es una hora derrotable, derrotada, pero universal... una hora religiosa o, como diría en segura y tranquila profesión don Antonio, cristológica. ¡Qué difícil resulta la vida para ciertas personas! Y le profetiza a Lezama: tú harás la teología que toca hacer, porque en tus escritos llegas siempre al gran tema de la justicia (que es signo y síntoma de que uno no vuelve la cabeza a otro lado). Así que, en esta hora dura, las lágrimas se nos helarán y se nos convertirán en diamantes duros, como a Espinosa, y por eso la metafísica, a nosotros, se nos hace ética, y la ética resul-

ta metafísica. (En este punto nos hacemos precisiones, María Zambrano y un servidor, en *Las Cartas*). Y acaba confesando: «Lezama: Por eso te he querido siempre».

Bastante se echa de ver ya por lo dicho cuál es la clase de teología que considera necesaria. Mas encontramos una precisión que lleva en sí el temblor de una jabalina bien arrojada en la carta con que María Zambrano contesta a la piadosa misiva en la que el suave y delicado habanero le comunica el fallecimiento de su íntimo amigo y amador Gustavo Pittaluga (varón eximio también de esta casa); y quiero decirlo así, amigo y amador, frente a los investigadores cucaracheros que, en vez de comprender, ensucian el mundo. Contesta la Zambrano: «Siempre supe [, Lezama,] que Vd. cree en el Espíritu Santo. Y que sabe que cree. Es un hondo consuelo verificar estos saberes previos, instantáneos». Pocas veces recibe un alma un diagnóstico tan interiorizador, tan sobrecogedor. ¿Conque se trata del Espíritu Santo, del Dios trinitario, del de Cristo, del Enviado de Cristo después de su amarga derrota y paso por este mundo..., del Consolador o Paráclito; es decir, del Dios de don Blas Zambrano, el que explica-

Carta de María Zambrano a Agustín Andreu (11.10.74).



ba Don Blas a los niños de Segovia, con licencia del obispo del lugar, según el *Catecismo* del Padre Astete? Ese Espíritu Santo que está en la tradición del navarro cardenal Carranza, sospechoso de tanto Espíritu, encarcelado por Felipe II como documento de pureza y voluntad ortodoxa, presentado por el orgullo del Rey ante la Roma que Quevedo no encontrará en Roma; el Rey, a quien María tiene tanta consideración como ganas de meter en precisiones; ese Espíritu que está en la tradición de Arias Montano, con quien María relacionaba a sus ancestros extremeños, con peligroso regocijo de Jesús Moreno, el investigador extremeño que se ha propuesto sacar la biografía de María, de una vez ya..., en paralelismo con las biografías de mujeres como Simone Weil y Hanna Arendt. Así que estamos al cabo de la calle.

Pues bien, este importante intercambio epistolar entre María y el teólogo Lezama Lima, teólogo en opinión de la sibila Zambrano, sucedía sólo meses antes de que, en una recepción (creo que en casa de Elena Croce, la hija del filósofo, en la que estaban Salvador de Madariaga y un breve grupo de exiliados españoles y de mexicanos de estancia en Roma), una recepción amable pero de alto voltaje político, no nos engañemos (porque enseguida saltaron las grandes cuestiones candentes de España), se cruzaban María Zambrano y un estudiante de teología patristica griega en el Pontificio Instituto Oriental, de Roma, que como condición para ir a estudiar a esta ciudad pusiera no ser enviado a la Universidad Gregoriana de los reverendos padres jesuitas, la universidad oficial de la Iglesia Romana, no disimulemos. Aquel estudiante de 25 años, niño de la guerra, inquirido más que preguntado por María, allí mismo y enseguida, explicaba con toda seriedad que él lo que estudiaba era la teología del logos alejandrino en Clemente de Alejandría y su escuela, en especial en Orígenes; sí, la teología del Logos único y universal. Así que ya no hizo falta más. A lo largo de los años siguientes, un logos más bien arquitectónico en intención y un logos muy mistagógico en ejecución, como complementarios, entraban en un tira y afloja incesante entre un joven clérigo y una abadesa laica, i-nocente el uno, terapéuticamente «nocente» la otra. Tira y afloja hasta el final, según una manera de ser que, más que especular, es manantial, de acuerdo con aquello de don Antonio: «No hay espejo, hay fuente». De ahí saldrá este epistolario.

Algunos amigos e investigadores se han extrañado de que saliese de María Zambrano una metafísica religiosa cristiana de la envergadura de la que trasciende de *Las cartas de la Pièce*. ¡Madre mía, la que hubieran armado, traduciéndolas, ciertas editoriales criptopías si esas cartas se dijeran *La methaphysique religieuse zambranienne dans la Correspondance de la Pièce!* ¡Con la dureza con la que calificaba don Antonio ese servilismo del pensamiento hispánico, que duraba demasiado! En casa de los padres de María Zambrano, la teología y la mística eran temas tan asiduos como lo era la visita de don Antonio Machado y como lo era de venerado don Miguel de Unamuno. Además de que ya es hora de caer en la cuenta del profundo leibnizianismo de Machado y María

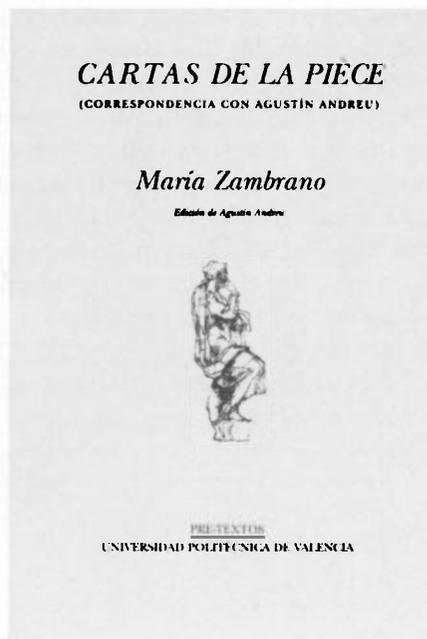
Zambrano. Según una nota del diario inédito de María (creo que se trata de un diario; la nota me la regaló como premio cuantioso hace un par de meses su primo Rafael Tomero), el 8 de junio de 1938, en el parterre de Valencia, escribía: «Leibniz me salvará», en el sentido de que le ofrecería doctrina y modo de decir de una vez todo lo que necesitaba decir después de la horrorosa experiencia mística que para ella, para su padre y para don Antonio estaba siendo la Guerra Civil. ¡Qué curioso y qué poco estudiado todo ello! «Sí, Leibniz, sí», escribe para quienes se extrañen, también en nuestro *Epistolario*.

Es inexplicable que, para entender a Machado y a María Zambrano, no se haya tomado el mismo punto de partida del que arranca Machado cuando, de Abel Martín, en *De un cancionero apócrifo*, dice, expresa y literalmente, que «su metafísica toma como punto de partida acaso a la filosofía de Leibniz», ensartando a continuación una de esas páginas con las que Leibniz compendia su sistema, en este caso sobre el concepto de sustancia con todas sus consecuencias, nada menos, y reprochándole a Leibniz, encima, que no fuese panteísta al aceptar pluralidad o multiplicidad de mónadas. Donde el «acaso» no es más que un elemento metódico del escepticismo positivo de Machado. Y es incomprensible que no se haya parado mientes en que la metafísica de Machado, como el leibniziano *Discurso de Metafísica*, empieza tratando de la responsabilidad del Creador de este mundo y acaba con una apelación al Cristo, y ello incluso en el *Mairena póstumo*, el escrito en Rocafort (Valencia), donde la cristología complementa el tratado de la creación del Universo, pues que el Cristo es, esencialmente, la experiencia divina de este mundo desabrido y negro: «C'est en cela qu'il s'humaine, qu'il veut bien souffrir des anthropologies» (*Discurso de Metafísica*, n.º 36). Y María a Lezama: «He de entrar en los infiernos», he de bajar adonde, según el Credo del catecismo, descendió el Hijo del Hombre.

¿Cómo llamaremos a todo esto? «Theologie, natürlich».

Hay que imaginarse, o leer, pues que bien escritos están, los comentarios de Machado a la supresión de la clase de religión en tiempos de la República: no la pueden suprimir, dice, porque no existe. Hay que ponerla. Hay que ponerla.

Y hay que recordar, ahora, el título del libro de Meyer sobre Benjamin: el contemporáneo. La filosofía de la religión o la metafísica religiosa de Machado y Zambrano es



la metafísica religiosa contemporánea, la contemporánea, la que hace falta hoy, la que está ahí disponible. Los *Mairena* son el mejor libro de Europa que quepa introducir, hoy, en la enseñanza media, con el que formar por dentro y alumbrar por dentro los ánimos de los jóvenes españoles y europeos. ¿Conoce alguien un texto más denso y agraciado, más serio y jovial, más responsable y necesario que el *Juan de Mairena* y el comentario al mismo que vienen a ser muchas páginas de su discípula María Zambrano? ¡Qué responsabilidad más grande la de los Ministerios de Educación de la transición, que, disponiendo de una tradición pedagógica como la de los institucionistas y de una literatura como la machadiana y la zambraniana, se han ido por ahí, perdidos en psicologismos y conductismos sin lírica ni metafísica, por andurriales que han llevado al desierto en que estamos!

Para acabar, quisiera permitirme una revolera.

¿Recuerdan aquel tema que Juan de Mairena, el maestro en metafísica de María Zambrano, le propuso a un discípulo, a saber, que diese forma lírica a la famosa frase «los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa», y recuerdan la respuesta, que no estuvo nada mal, según el maestro: «Lo que pasa en la calle»? Pues a mí me hubiera gustado estar de adolescente en una clase de Juan de Mairena y que el maestro me propusiera como tema darle forma lírica a aquella frase de los Evangelios donde se dice «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron». Porque yo, desde el duende machadiano o garcíaalorcano o daliniano que habita esta casa, le hubiera contestado a él y para él: «¿Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron? Eso, ¿puesto en lírica? Pues... ¡viva la madre que te parió!».

Agustín Andreu

Boletín de la
INSTITUCIÓN LIBRE
de
ENSEÑANZA